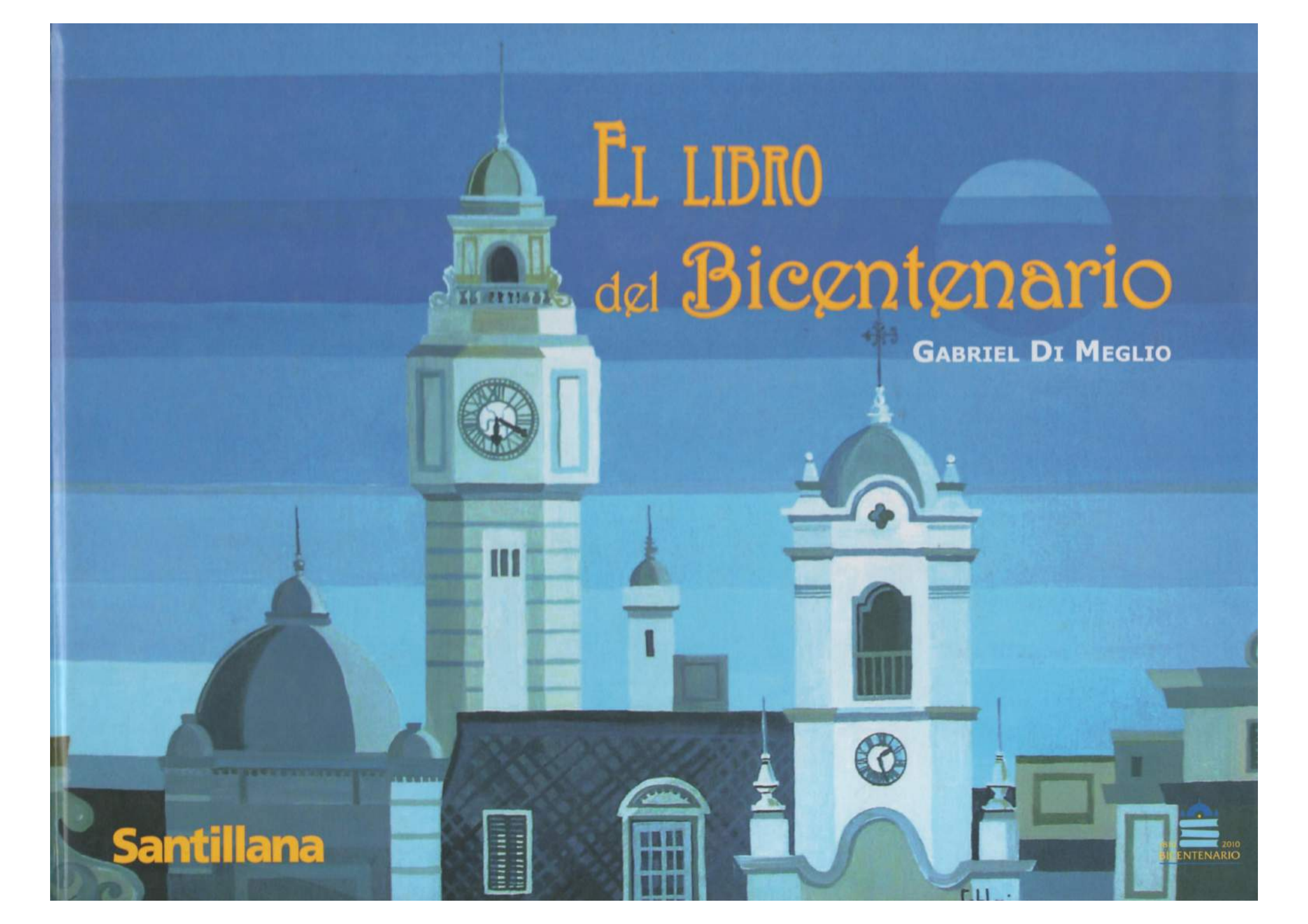




EL LIBRO del Bicentenario

GABRIEL DI MEGLIO

Santillana



La realización artística y gráfica de esta edición ha sido efectuada por el siguiente equipo:

Jefa de arte: Claudia Fano
Tapa: Claudia Fano
Ilustración de tapa: Marga Fabbri. *El Cabildo, torres y cúpulas de Buenos Aires*.
Colección privada: Gabriela Fuster. Piazzolla Tango.
Diagramación: Silvana Caro
Corrección: Martín Vittón
Ilustración: Conrado Giusti, Fabián Mezquita, Marcelo Morais y Federico Parolo
Cartografía: Nélica Iglesias
Documentación fotográfica: Ariadna Demattei, Leticia Gómez Castro, Teresa Pascual y
Nicolas Verdura
Fotografía: Archivo Santillana, Archivo de la Dirección Municipal de Paseos y Otras
Colecciones, Archivo Corel, Archivo General de la Nación, Ricardo Cenzano
Brandon, Lucio Contigiani, Carlos Diez Polanco, Gabriela García, Gentileza
Armada Argentina, Daniel Jurjo, Pablo Léautaud, Diego Lezama, MATTON-BILD,
Museo Histórico Cornelio Saavedra, Museo Histórico Nacional, Museo Histórico
Nacional del Cabildo de Buenos Aires y de la Revolución de Mayo, Museo Isaac
Fernández Blanco, Aníbal Parera y Teresa Pascual
Preimpresión: Miriam Barrios, Marcelo Fernández, Gustavo Ramírez y Maximiliano Rodríguez
Gerencia de producción: Gregorio Branca

La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial establecida por el Poder Ejecutivo Nacional de la República Argentina a través del IGN-Ley 22.963- y fue aprobada por el expediente GG09 1413/5 del 31 de agosto de 2009.

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma, ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etcétera. Cualquier reproducción sin permiso de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

© 2009, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. L. N. Alem 720 (C1001AAP),
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-2154-6

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Libro de edición argentina.

Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay.

Primera edición: diciembre de 2009.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de
2009, en Pressur Corporation S.A., Colonia Suiza,
República Oriental del Uruguay.

Di Meglio, Gabriel
El libro del Bicentenario / Gabriel Marco Di Meglio 1a ed. Buenos Aires :
Santillana, 2009.
80 p. ; 22x30 cm.

ISBN 978-950-46-2154-6

1. Material Auxiliar para la Enseñanza. I. Título
CDD 371.33



Imagen de madera hecha por los indígenas de una misión jesuítica.



Tintero con el que se firmó el Acta de la Independencia.



Brasero que cumplía la función de estufa.

Medallón conmemorativo del Centenario. Museo de la Casa Rosada.



Sombrero y guantes españoles.



Piano que perteneció a Mariquita Sánchez de Thompson.



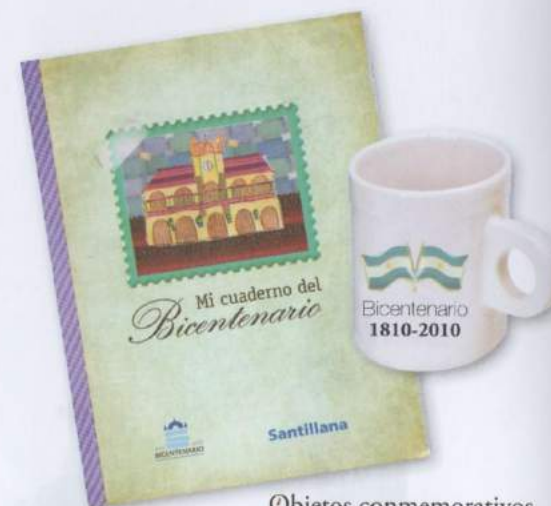
Monedas acuñadas por orden de la Asamblea del Año XIII.



Tarjeta del Centenario recordando la gesta de nuestra emancipación.



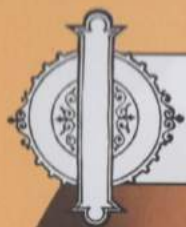
Recuerdo del Centenario, plato y taza de porcelana con la inscripción: "Centenario 1810-1910" Museo Histórico Nacional.



Objetos conmemorativos del Bicentenario.

Índice

<i>CIELITO DEL BICENTENARIO</i> (Liliana Cinetto)	6	EL CABILDO ABIERTO DEL 22 DE MAYO	46
EL ESCENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO	8	LA REVOLUCIÓN DE MAYO	48
UN TERRITORIO ENORME: LA MONARQUÍA ESPAÑOLA EN 1800	10	EL DÍA DESPUÉS	50
AVENTURAS EN EL CAMINO	12	EL CABILDO Y SU HISTORIA	52
NATURALEZA QUE ASOMBRA	14	EL DIARIO DE LA REVOLUCIÓN	54
UN PASEO POR LA ALAMEDA	16	LA PRIMERA JUNTA SE PONE A TRABAJAR	56
LAS CASAS COLONIALES	18	LA REVOLUCIÓN EN EL VIRREINATO	57
LA CASA POR DENTRO	20	<i>EL MENSAJERO</i> (Liliana Cinetto)	58
SOCIEDAD COLONIAL URBANA	22	LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA	60
COSTUMBRES Y VIDA CULTURAL	24	LA REVOLUCIÓN Y LA GENTE	62
¡BUEN PROVECHO!	26	LLEGA LA INDEPENDENCIA EN 1816	64
<i>ROMANCE DEL AGUATERO</i> (Griselda Gandolfi)	28		
¡SANOS Y LIMPITOS?	30	<i>Tiempo de festejos</i>	
LA VIDA EN EL CAMPO	32	<i>EL BAILE</i> (Ricardo Mariño)	67
MÁS ALLÁ DE LA FRONTERA	34	LA OBRA SUBE AL ESCENARIO	71
<i>UNA POSTA EN EL CAMINO</i> (Franco Vaccarini)	36	LAS FIESTAS MAYAS	72
LAS INVASIONES INGLESAS	38	EL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN	74
UN MUNDO AGITADO	40	DISTINTAS MANERAS DE CELEBRAR	
HACIA LA REVOLUCIÓN	42	EL BICENTENARIO (Cecilia G. Sagol)	78



Cielito del Bicentenario

Cielito, cielo y más cielo,
cielo del Bicentenario.
La patria celeste y blanca
ya cumple doscientos años.

Fue en mil ochocientos diez,
un 25 de Mayo,
a las puertas del Cabildo
el pueblo estaba esperando.

Un mismo cielo, otro nombre
tenía entonces la patria.
Éramos un virreinato,
el del Río de la Plata.

Su capital, Buenos Aires,
señoreaba junto al puerto,
mientras cantaba las horas:
"Las doce han dado y sereno..."

También se oían pregones
por sus calles empedradas:
"Mazamorra", "Escobas", "Velas",
"Pastelitos y empanadas..."

Pero más fuerte se oyó
a todo el pueblo en la plaza
cuando gritó que había ido
a saber "de qué se trata"





Cielito, cielo, cantemos
como aquella vez cantaron
cuando Saavedra anunciaba
el primer gobierno patrio.

Nueve nombres en la historia:
Paso, Moreno, Saavedra,
Larrea, Matheu, Alberti,
Belgrano, Castelli, Azcuénaga.

Cielito, cielo que sí.
La patria empezó a cantar
mientras daba el primer paso
camino a la libertad.

Cielito, cielo que sí,
cielo del Bicentenario.
Pasaron doscientos años
y hoy queremos recordarlo.

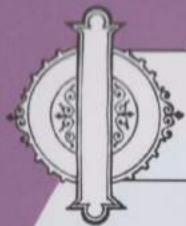
Liliana Cinetto

El cielito o cielo es un estilo musical del folclore rioplatense. Fue la danza y el canto propio de la Independencia. Entre sus autores se destaca el poeta oriental Bartolomé Hidalgo.

- ¿Cuántos versos tienen las estrofas de un cielito? ¿Cómo riman?
- Subrayá los versos de la poesía en los que se hable de la patria como si fuera una persona (es decir, se la personifica).
- Inventá dos versos para completar una última estrofa para el poema.

por eso hoy toda la escuela,

está vestida de fiesta.



El escenario de la Revolución de Mayo

Hacia 1810, la ciudad de Buenos Aires era la capital del Virreinato del Río de la Plata, una de las colonias de la corona española. En ella residían las principales autoridades coloniales. Por eso, lo que ocurrió a partir del 25 de mayo fue importante no solo para la capital sino también para todo el virreinato, parte de cuyo territorio fue luego nuestra República Argentina.

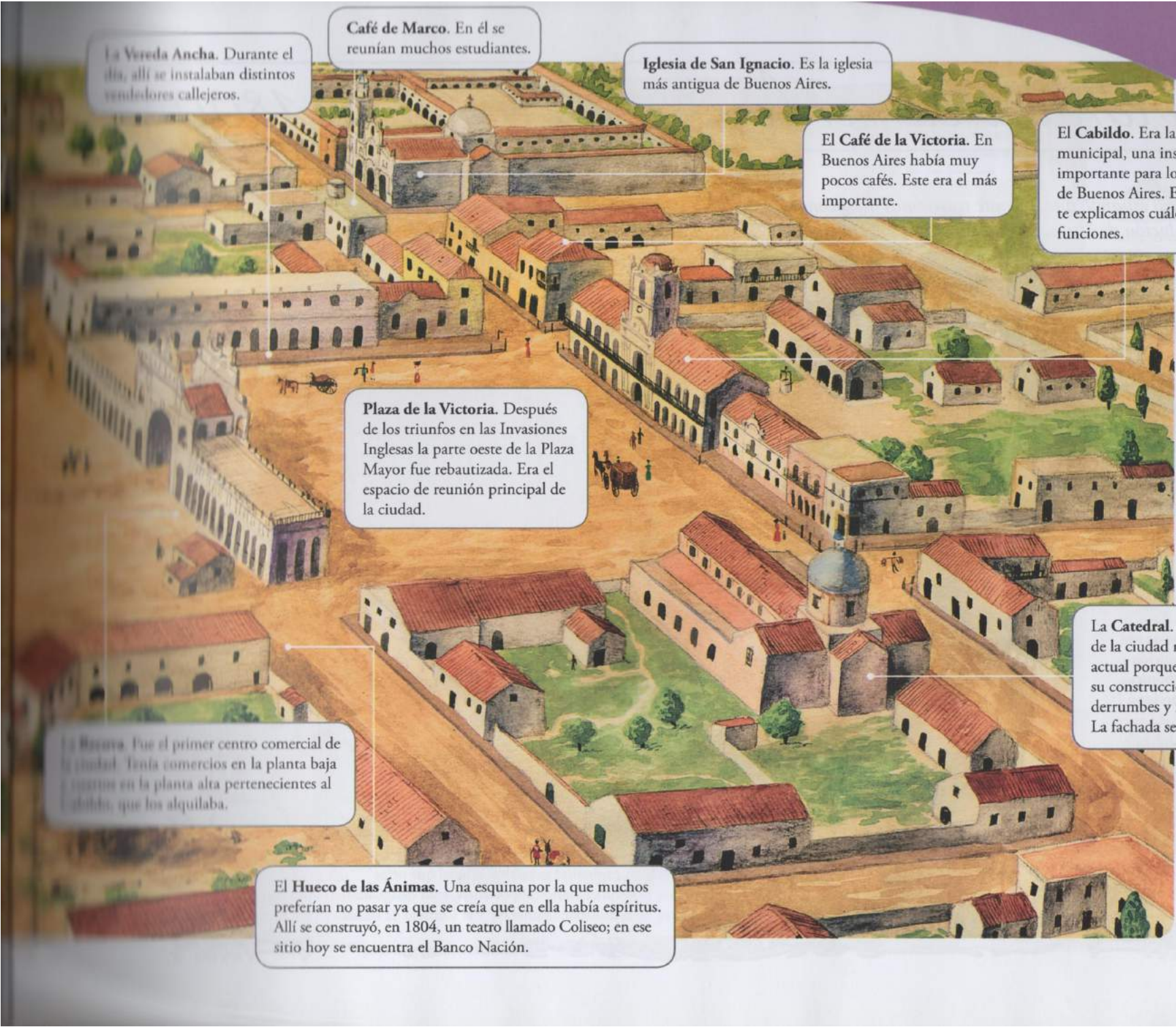
El **Río de la Plata** estaba justo detrás del Fuerte. Era muy bajo y por ese motivo los barcos no podían acercarse a la costa. Para hacer desembarcar a los pasajeros y las mercancías que llegaban a la ciudad, se empleaban carretas con grandes ruedas que transitaban por el agua. Muchos años después la antigua costa fue rellenada para construir Puerto Madero. De esta manera, el río fue alejado de la plaza.

Las **Toscas**. Ahí iban las lavanderas a hacer su tarea y los aguateros sacaban el agua del río que luego vendían a todos aquellos que no tenían aljibes en sus casas, que eran la mayoría de la población de la ciudad.

El **Fuerte**. Era la sede de gobierno de los virreyes. Estaba construido en piedra y rodeado por un foso. Cuando fue demolido mucho más tarde, se construyó la Casa Rosada.

Plaza del Fuerte o Plaza del Mercado. En ella funcionaba el mercado más importante de la ciudad, donde se vendían pescados, armadillos (mulitas), perdices, verduras, hortalizas y la carne vacuna, que era el principal alimento de los porteños. Como no existía forma de conservar la comida, había que ir al mercado muy seguido.





La Vereda Ancha. Durante el día, allí se instalaban distintos vendedores callejeros.

Café de Marco. En él se reunían muchos estudiantes.

Iglesia de San Ignacio. Es la iglesia más antigua de Buenos Aires.

El Café de la Victoria. En Buenos Aires había muy pocos cafés. Este era el más importante.

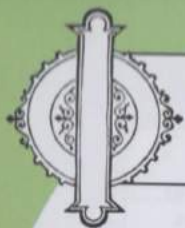
El Cabildo. Era la autoridad municipal, una institución muy importante para los habitantes de Buenos Aires. En la página 52 te explicamos cuáles eran sus funciones.

Plaza de la Victoria. Después de los triunfos en las Invasiones Inglesas la parte oeste de la Plaza Mayor fue rebautizada. Era el espacio de reunión principal de la ciudad.

La Basura. Fue el primer centro comercial de la ciudad. Tenía comercios en la planta baja y viviendas en la planta alta pertenecientes al Cabildo, que los alquilaba.

La Catedral. La iglesia principal de la ciudad no tenía el aspecto actual porque por problemas en su construcción sufrió varios derrumbes y remodelaciones. La fachada se terminó en 1822.

El Hueco de las Ánimas. Una esquina por la que muchos preferían no pasar ya que se creía que en ella había espíritus. Allí se construyó, en 1804, un teatro llamado Coliseo; en ese sitio hoy se encuentra el Banco Nación.



Un territorio enorme: la monarquía española en 1800

El Imperio español, que durante trescientos años controló territorios muy extensos, entró en crisis en los comienzos del siglo XIX. La Revolución de Mayo, una de las varias revoluciones que se produjeron dentro de este imperio hacia 1810, fue parte de esa crisis. Por eso es importante conocer cómo era a fines del siglo XVIII esa gran unidad política, que estaba organizada en distintas divisiones administrativas: virreynatos y capitanías generales.

El Imperio español a fines del siglo XVIII

Durante el siglo XVIII, los reyes españoles fueron reorganizando sus dominios y crearon nuevos virreynatos y capitanías. Esas medidas formaron parte de un proceso de cambios conocido como las **reformas borbónicas** (ya que los reyes pertenecían a la dinastía Borbón).

Las autoridades municipales (que formaban los cabildos) eran elegidas por los vecinos de posición social alta, tanto criollos (hijos de españoles) como españoles. Hacia 1800 los territorios españoles de América tenían trece millones y medio de habitantes, mientras que en España vivían diez millones y medio de personas.

Las autoridades de los virreynatos y las capitanías generales, al igual que otros funcionarios importantes, eran designadas en España por el rey y el Consejo de Indias.

Imperio español
Bajo dominio indígena
Base: mapa político actual



Potosí se extiende a los pies del Cerro Rico. Allí, a más de 4.000 metros de altura, se encontraba la principal mina de plata de América, fundamental en la economía sudamericana, porque muchas regiones le proveían productos para la actividad minera y para alimentar a los trabajadores, que eran sobre todo indígenas obligados a prestar un servicio en las minas.



Salta. En una ciudad muy importante en el período virreinal. Conectaba a Potosí con el Río de la Plata y en ella se realizaba una gran feria de mulas, animales fundamentales para el trabajo minero, que luego se vendían en Potosí.



San Miguel de Tucumán. Era un destacado centro comercial por su lugar estratégico en el camino de Potosí.



Mendoza y San Juan. Se especializaban en la producción de vinos y aguardientes.



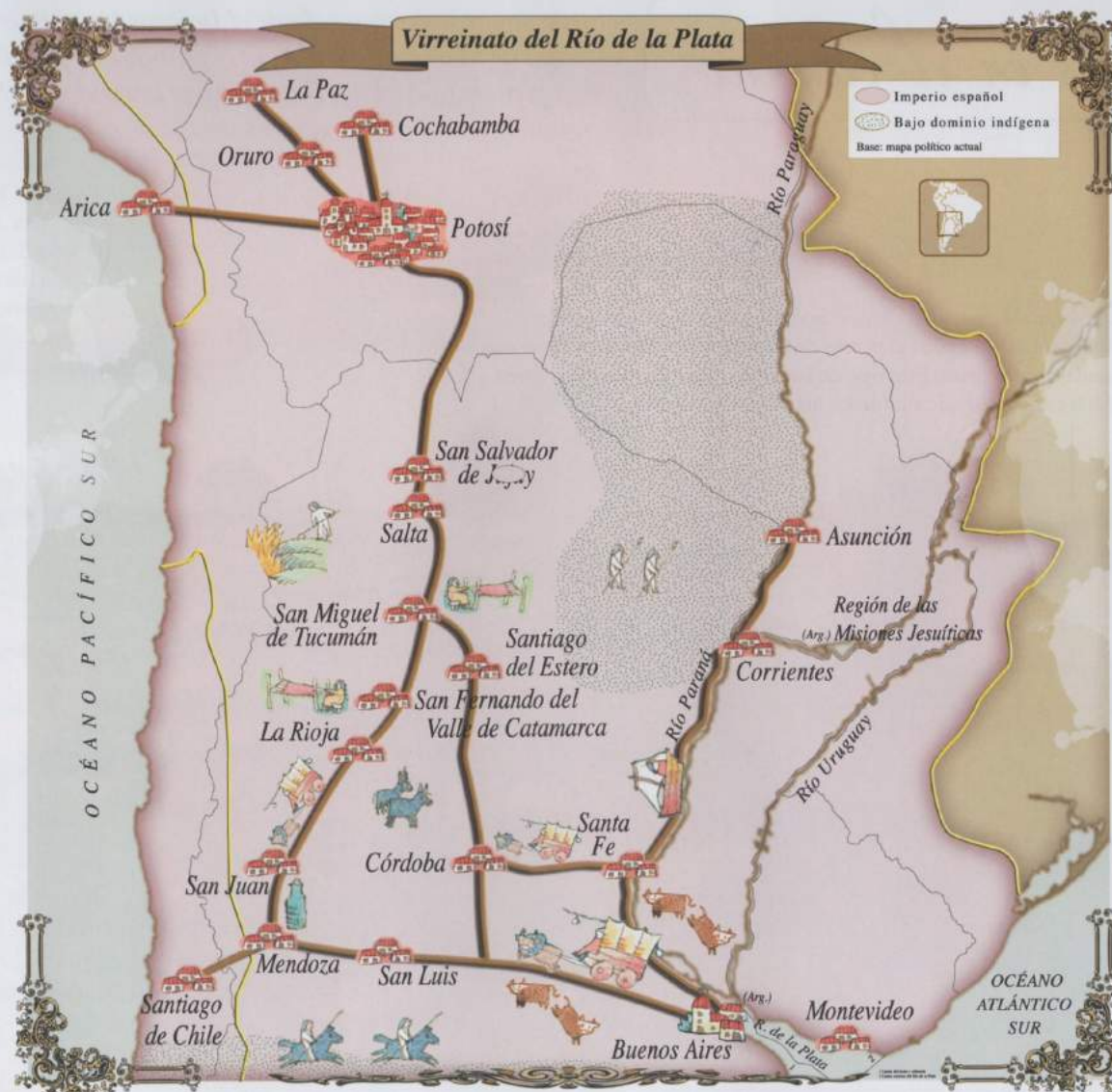
Córdoba. También criaba mulas para Potosí y tenía una importante universidad, la primera del territorio que hoy es la Argentina.



Santa Fe. La principal ciudad del Litoral, concentró sus esfuerzos en la cría de ganado vacuno.



Buenos Aires. Fue nombrada capital del Virreinato del Río de la Plata en 1776 y era un puerto fundamental. Debido a su comercio portuario, creció muy rápido y se convirtió en la mayor ciudad del virreinato; en 1810 tenía 45.000 habitantes.



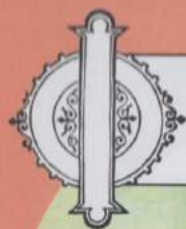
Asunción. Fue fundada en un sitio estratégico, ya que desde allí se podía controlar todo el Paraguay.



Región de las Misiones Jesuíticas. (Nordeste de la Argentina, sur de Paraguay y Brasil). Zona donde funcionó la mayor parte de las misiones jesuíticas hasta que en 1767 los jesuitas fueron expulsados de todo el Imperio español.



Montevideo. Era una ciudad amurallada (para defenderse de posibles ataques portugueses o británicos) que funcionaba como la base marítima española en el Atlántico Sur y como puerto de entrada al Río de la Plata.



Aventuras en el camino

Había dos grandes rutas desde el Interior hasta Buenos Aires, como se ve en el mapa de la página 11. Este es el paisaje que podría haber visto alguien que cabalgara de Córdoba a Buenos Aires pasando por Santa Fe.

Las provincias del Litoral tenían excelentes ríos navegables, lo que les permitía enviar sus productos por vía fluvial al puerto de Buenos Aires. Eso era mucho más barato que mandarlos por tierra. Este tipo de lanchón trasladaba cueros de Santa Fe a Buenos Aires para que desde allí fuesen mandados al exterior.



En los pastizales solían encontrarse víboras venenosas que podían picar al caballo o al jinete, si éste desmontaba.



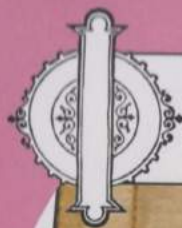
Los caminos estaban en muy malas condiciones. Transitarlos era muy difícil y llevaba muchos días. El viaje de Córdoba a Buenos Aires por tierra hoy lleva, en automóvil, unas siete u ocho horas. En esa época tomaba dos semanas, y si se iba por Santa Fe, aún más. Por eso llevar productos hasta el puerto de Buenos Aires era caro.

El camino de Córdoba a Santa Fe pasaba cerca de la frontera con los indígenas mocovíes y los abipones. En ciertas épocas, la relación de estos grupos con la sociedad hispano-criolla era hostil y se producían enfrentamientos.

Las postas estaban dispuestas a lo largo de los caminos y servían para que los viajeros pudieran hacer escalas en su recorrido. Allí podían cambiar los caballos cansados por otros frescos, obtener elementos que les faltaran, comer y quedarse a dormir. En la noche se encendía un fuego y, si había bastante gente, se cantaba con una guitarra y se tomaban bebidas alcohólicas. Algunas postas estaban bien provistas y eran confortables, pero otras eran apenas unas paredes con techo, sin ninguna comodidad.

También estaba el peligro de los bandidos a caballo, que podían asaltar a quienes transportaban mercaderías.

Las víboras no eran el único riesgo del camino. Las vizcachas, pequeñas cuevas donde vivían las vizcachas, eran peligrosas porque si el caballo metía la pata en ese agujero, los jinetes podían caerse mientras cabalgaban.



Naturaleza que asombra

Los naturalistas que viajaban por nuestros territorios podían disfrutar de inmensas regiones desprovistas prácticamente de cualquier rastro humano. Se sorprendían con la abundancia y las rarezas de las plantas y los animales que encontraban a cada paso. Aquí se pueden leer algunos de los apuntes de sus viajes.

"Protegidas en [las] sombras, las bestias fieras salen. [...] Se confunden las huellas y los rastros en la arena, bien que en algunos manifiestan los cuerpos y las zarpas. Las víboras y las culebras la dejan arada [...]. Los yacarés o caimanes espantan aún vistos en bosquejos en aquellos suelos. Los yaguaretés o tigres al abrigo de las tinieblas todo lo andan y buscan la presa"



Texto escrito por Sánchez Labrador (1717-1798) sobre la ribera del río Paraná.



"Bandadas de pájaros de todos colores [...] concurren a divertirse sobre la arena de sus orillas [...] Los cisnes o apocologos, los yahás, o chahás, los ayayas, los tuyuyus y otras innumerables especies de patos; ánades, garzas, papagayos, los yacús o pavas del monte. [...] Se bañan unas a su gusto, otras pescan y todas se retiran como pesarosas cuando las sombras lo cubren todo de oscuridad"

papagayo



Texto escrito por José Francisco Sánchez Labrador sobre la ribera del río Paraná.



pato



chajá



garza

"Yo he visto dos clases de gansos silvestres: la primera completamente blanca, la otra con cabezas y pescuezos negros, en lo restante blancos y la punta de las alas completamente negra. Ellos se distinguen de los gansos caseros en Europa por el pescuezo largo [...]. Los charruas los llaman godgororoy, pero los mocobies naquetetac. Vuelan muchos juntos y muy en alto; durante la duración del vuelo gritan también. Parece que los charubas y mocobies les han denominado según su canto. Si se pone buena atención, el machito parece no gritar otra cosa sino godgororoy y esto en el tono más profundo con fuerte voz; la hembra tiene una voz algo más clara y más alta, parece que ella gritara: naqueteladi"

godgororoy
(según los charruas)

naquetetac
(según los mocobies)



Texto escrito por Florián Paucke (1719-1780) sobre el cisne coscobora y el cisne de cuello negro, vistos en la actual provincia de Santa Fe.

"Los guaraníes lo llaman quirápita (pájaro rojo) y en Buenos Aires churrinche. Es escaso en todos estos países y estacionario. Va solo, se posa en lugares aparentes, prefiriendo los matorrales a los árboles, y las selvas a los bosques, donde jamás entra. Pilla los insectos volátiles y los come volviendo al sitio de donde salió; pero también baja al suelo por ellos sin detenerse sino para levantarlos. Por noviembre compré un nido con tres pollos sin plumas que me aseguraron haberle encontrado en un espinillo. Intenté criarlos para asegurarme de la especie, pero murieron sin poder digerir carne cruda"



Texto escrito por Félix de Azara (1742-1821) sobre el churrinche, pájaro característico de nuestra llanura pampeana.

"Otro [...] tiene una buena madera granujosa, la fruta que es redonda y del tamaño de un guisante es algo agradable para comer. [...] La madera es buena para torrear; sirve también para cubos para las ruedas. Cuando este árbol está hueco las abejas elaboran entonces sus colmenas para una miel que semeja estar aliñada con agua de rosas. Los guaraníes nombran al árbol ybirarira. Los indios me han contado que si las abejas ponen su miel en este árbol, ésta es siempre más dulce, más agradable y de mejor sabor que cuando asientan en otro árbol"

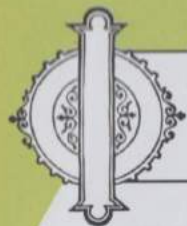


Texto escrito por Paucke sobre el molle, árbol característico de las zonas áridas.

"Como el Paraguay y el Río de la Plata no son países fríos, se puede sospechar que la temporada de criar de las hormigas sea más larga que en España; por eso no hallo extraño el que haya a mi parecer allí no solo más especies de hormigas, sino que cada una de ellas tenga más hormigueros y más numerosos en individuos. Se comprueba esta idea sabiendo que viven únicamente de hormigas dos especies de cuadrúpedos grandes y forzudos y aun muchos tatús"



Texto escrito por Félix de Azara con relación a las hormigas de nuestro territorio y el paraguayo.



Un paseo por la Alameda

El Paseo de la Alameda de la capital virreinal se creó durante el gobierno del virrey Juan José de Vértiz y Salcedo (1770-1776). Fue la primera calle arbolada de la ciudad. De barro y no demasiado ancha, tenía unas pocas cuadras de largo y estaba frente al río. A sus lados se plantaron ombúes, sauces y álamos que habían sido traídos de otras regiones del territorio. También se construyeron bancos de ladrillos para que los visitantes pudieran descansar. Un lugar ideal para pasear durante los días soleados, ¿no? Además de contar con la posibilidad de caminar por la Alameda.

El 8 de diciembre de cada año comenzaba, con la bendición de las aguas, la temporada de baño. Al anochecer, los comerciantes y los señores de la alta sociedad concurrían al río a bañarse.



La parte de abajo de las hojas (envés) es color plateado.



Los álamos crecen sorprendentemente. Se calcula que en menos de 30 años alcanzan los 20 metros de altura. ¡Un tiempo récord cuando de crecimiento de árboles se trata!

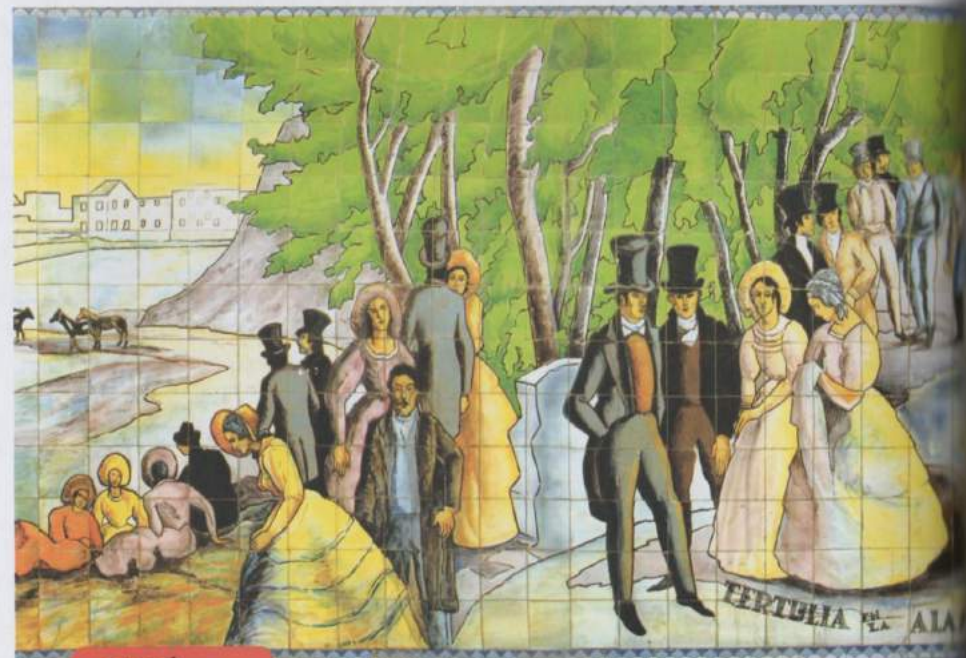
ÁLAMO



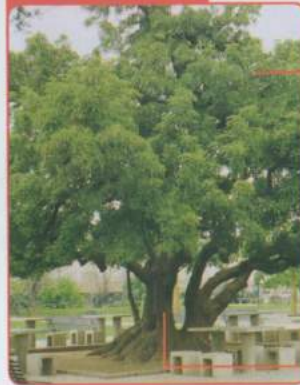
Aunque por su nombre podríamos pensar que en este paseo abundaban los álamos, solo había unos pocos ejemplares de esta especie. Originarios del Hemisferio Norte, estos árboles fueron traídos a nuestro territorio por los españoles y plantados cerca de las orillas del río Paraná. Desde allí fueron trasplantados hasta la Alameda.

Cuando el árbol es joven, la corteza es blancogrisácea. Luego, se torna gris y oscura, y su superficie se agrieta.

¿Sabías que en la época colonial casi no había árboles en las calles de Buenos Aires? Para los vecinos, buscar un poquito de sombra fresca en las aceras era muy difícil. Una de las posibilidades que tenían los porteños era recorrer los jardines y los fondos de las casas que contaban con árboles; la otra, ir hasta la Alameda.



OMBÚ



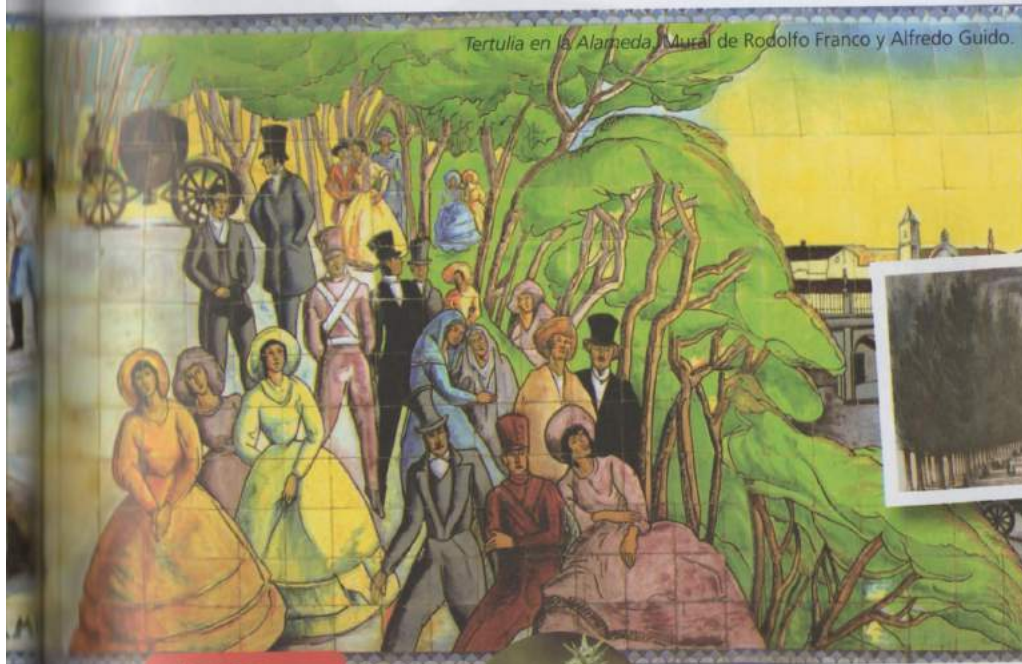
Da mucha sombra. La copa llega a medir más de 20 metros de diámetro.

Las plantas más abundantes del Paseo de la Alameda eran los ombúes. Decimos "plantas" y no "árboles" porque, en realidad, se trata de hierbas gigantes que pueden medir entre 8 y 15 metros de altura. Fueron traídas a la Alameda desde nuestra pampa, de donde son originarias (nativas).

Tiene un tallo muy ensanchado en su base.

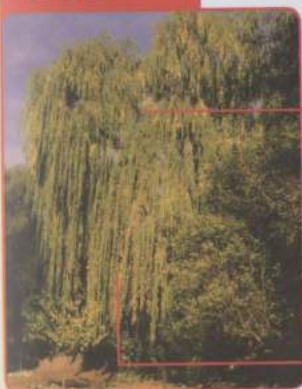


En 1810, no había más de 1.000 árboles en Buenos Aires. Fue recién en 1891 cuando se plantaron más de 20.000 ejemplares traídos de otras zonas de nuestro territorio y también de Europa. Hoy existen en la ciudad más de 350.000: arces, fresnos, paraísos, plátanos y jacarandás, entre otros.



Tertulia en la Alameda. Mural de Rodolfo Franco y Alfredo Guido.

SAUCE



Las hojas tienen forma de lanza. Son lustrosas arriba (en el haz) y cubiertas de una pelusilla plateada en el envés.

En el Paseo de la Alameda también había sauces criollos traídos de las orillas del río Paraná. En la primavera era posible ver sus flores, reunidas en largas espigas que pendían en los extremos de las ramitas.

Tiene ramas delgadas y flexibles que suelen arquearse hacia el suelo.

En otros lugares del Virreinato del Río de la Plata existieron alamedas y también algunos árboles "ilustres" que han pasado a formar parte de nuestro patrimonio histórico.

En la ciudad de Mendoza, al comenzar el siglo XIX, existía un canal de riego, el Tajamar. Sobre sus márgenes había ranchos, cultivos y alguna que otra pulpería. En 1808, "pegadito" a este canal, el Cabildo de la ciudad dispuso crear una alameda. Tenía dos cuadras de largo y álamos a ambos lados. En 1814, el general San Martín (que en ese entonces era gobernador intendente de Cuyo) decidió su ampliación.



En San Miguel de Tucumán, ciudad enclavada en un hermoso paisaje natural, no fue complicado disponer de una alameda. Los álamos crecieron rápidamente a ambos lados de lo que hoy es la calle Alberdi (desde Santiago hacia el Sur). En 1819 la gente ya paseaba por el lugar.



Hacia 1790, en las barrancas de San Isidro, provincia de Buenos Aires, se construyó la casa de la Chacra del Bosque Alegre, donde vivió y murió el general Juan Martín de Pueyrredón. En sus jardines aun se conserva una vegetación muy variada. Entre ella, un añoso algarrobo que fue testigo de los encuentros que tuvieron Pueyrredón y San Martín para preparar el plan libertador de Chile y Perú.



Algunos árboles "famosos" fueron traídos de Europa. Tal es el caso del llamado "pino de San Lorenzo", que fue plantado en los jardines del Convento de San Carlos, ubicado en una bajada al río Paraná, a fines del siglo XVIII. A su sombra, el general San Martín redactó el informe del combate de San Lorenzo en febrero de 1813.





Las casas coloniales

Pocas eran las casas de dos pisos. En ellas, generalmente la planta baja se destinaba a un local comercial, mientras que, a veces, en el piso superior se alquilaban algunos cuartos. Se las solía llamar por el nombre de sus dueños: Altos de Escalada, Altos de Riglos, por mencionar algunos.

Las casas más importantes de las ciudades tenían puertas de madera muy altas y, junto a ellas, falsas columnas o pilastras que servían de decoración. En algunas casas, sobre la puerta había una pequeña ventana para favorecer el ingreso de luz y aire desde el exterior.



Como el vidrio era muy caro y escaso, en las ventanas se lo reemplazaba por papel aceitado o no se ponía nada. Cuando hacía frío o por las noches, directamente se cerraban los grandes y macizos postigos. Las rejas solían sobresalir de las paredes.

En Buenos Aires, la iluminación estaba a cargo del Cabildo, y cada casa pagaba por la cantidad de faroles que tenía en su fachada. Todos los días pasaba el encendedor de faroles a poner las velas y prenderlas, y después, por las noches, controlaban que no se apagasen. Los usuarios se quejaban porque el servicio era caro, las velas no duraban, y también porque los faroles se rompían o eran robados.



Algunas casas tenían mirador, especialmente las que estaban junto a la barranca del río. Desde allí se podía disfrutar de la vista o ver la llegada de algún barco.



En 1810 pocas casas tenían tejas en sus techos. La mayoría de las tejas eran importadas de España o Francia. A las fabricadas aquí se las llamaba "musleras".



Los frentes tenían poca decoración. En el Litoral y en Buenos Aires era escasa la piedra, entonces la mayoría de los frentes eran de ladrillos recubiertos de una mezcla de barro con estiércol blanqueada con cal. En el Noroeste y en las provincias cordilleranas de Mendoza, San Juan, La Rioja y Catamarca, en cambio, se usaba mucho más la piedra en las construcciones.

Las casas populares eran mucho más pequeñas que las de dos plantas y tenían menos adornos. Además, estaban construidas con otros materiales: las paredes eran de tierra arcillosa, paja y estiércol bien apisonado. Esto las hacía más inestables y que constantemente debieran reconstruirlas. En Buenos Aires y en el Litoral, el clima húmedo podía llegar a desmoronarlas.



Los techos eran de paja, sostenidos con palmas o atados de cañas.



Estas casas tenían menos terreno que las de los sectores altos y solían organizarse en torno a un pasillo lateral al que daban las habitaciones. En las afueras de la ciudad, estaban separadas entre sí por cercos de tunas o piedras.



Muchas veces, la habitación que daba a la calle era usada como negocio. Al no poseer vidriera, los productos se colgaban de la ventana o se exhibían en la calle. El riesgo era que alguien pasara a caballo y los robara al galope.



Casa que perteneció a Santiago de Liniers, en el centro de la Ciudad de Buenos Aires.

Casa del virrey Rafael de Sobremonte, en Córdoba capital. En la actualidad, es el Museo Provincial Marqués de Sobremonte.



La casa de Arias Rengel en la ciudad de Salta. La familia era una de las más ricas de la sociedad salteña. Hoy es el Museo Casa de Arias Rengel, donde funciona el museo de Bellas Artes de la provincia.



La casa por dentro

Este tipo de casa no era el más común en la época colonial, ya que su construcción y su mantenimiento eran muy caros. La mayoría de estas viviendas estaban en la zona céntrica de las ciudades importantes. En ellas habitaba la familia, a veces con muchos hijos, y su servidumbre, que hacia 1810 se componía mayormente de esclavos de origen africano.



La sala de recibo era el lugar donde se realizaban los festejos. Allí había sofás, sillas y algún instrumento musical como el clave. En la reunión —o tertulia— se tomaba limonada, mate y, por qué no, un vaso de vino o una copa de licor, mientras se charlaba con los invitados. Las paredes solían estar pintadas con cal, a veces adornadas con tapices, telas o ponchos.



El primer patio era el social, el lugar adonde llegaban los visitantes. Era común encontrar una parra, que ofrecía sombra y, en verano, daba unas ricas uvas. Los patios podían tener una galería para que la familia no se mojara cuando llovía.

Los techos de baldosas o ladrillos tenían en sus bordes canaletas donde podía escurrirse el agua de lluvia, que era recogida por cañerías de hojalata o cerámica en un gran pozo impermeabilizado con azulejos o brea: el aljibe, un bien bastante escaso.

Si un visitante había llegado por negocios, era recibido en un cuarto que el dueño de casa empleaba para tal fin. Allí podía encontrarse un escritorio, un par de sillas y algún armario para guardar los papeles.



El comedor era el lugar para almorzar y cenar. El desayuno y la merienda —unos mates con alguna confitura— se tomaban en el cuarto o en el patio familiar. Generalmente, en el comedor había una larga mesa, sillas y algún banco. El padre era el único que se sentaba en una silla con respaldo y apoyabrazos.



El dormitorio consistía en una cama de madera con respaldo de bronce o madera, con un colchón de pluma o lana, sábanas con encaje o puntilla, y una frazada de lana o poncho para abrigarse. Un baúl, un ropero, un banco y una mesita completaban el mobiliario. Solía usarse una mesa de tocador con un espejo en la pared que servía para arreglarse por la mañana, pero también para que la luz de la vela se reflejara en él e iluminara con mayor intensidad la habitación.



Siempre había una habitación disponible para huéspedes. Como los caminos eran malos y los medios de transporte eran muy lentos, cuando alguien viajaba a visitar a sus parientes, se hospedaba con ellos durante un tiempo.

Algunas familias tenían carruajes, y todas poseían caballos y muchas veces mulas. Además, en estos lugares solía haber un palomar porque las palomas se criaban como alimento.



En la cocina, el fogón estaba encendido todo el día, con agua lista para el mate y también para cocinar. El humo ennegrecía las paredes y salía por un agujero en el techo. En un costado estaba la despensa, unos estantes con embutidos, aceites, dulces, vino, queso (comestibles que no necesitan frío para conservarse). Como no había heladera, la mayoría de los alimentos se compraban y se consumían en el día.



Los baños eran simplemente asientos de madera que daban a un pozo de aguas negras o ciego. Para tapar el mal olor, se plantaba frente a ese lugar un limonero o un duraznero, porque sus flores son muy perfumadas.



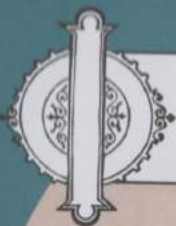
En el fondo de la casa estaba el gallinero, que proveía de huevos y carne, un huerto y, a veces, había un chanco atado que se engordaba para luego faenarlo.



Las familias de mejor posición económica solían tener entre cuatro y cinco esclavos. Ellos realizaban todas las tareas domésticas. Los esclavos dormían en jergones de paja o en catres (camas plegables).

En este patio se reunía la familia. Las mujeres recibían aquí a sus visitas íntimas, que iban por las tardes a charlar y bordar mientras tomaban mate con tortas fritas o pastelitos.





Sociedad colonial urbana

En la sociedad colonial había muchas desigualdades. Los distintos grupos sociales convivían en la misma ciudad –y algunos, en las mismas casas– pero sus posibilidades, derechos y obligaciones eran bien diversos. Un papel muy importante en esto lo ocupaba “la sangre”. En esa época se consideraba de sangre “impura” a los moros, judíos, indígenas y esclavos, quienes legalmente tenían un lugar social inferior. Por ejemplo, un blanco podía ser comerciante, pero un mestizo, no. Si pensamos en la sociedad colonial como una escalera, la parte superior estaba integrada por españoles nacidos en Europa y en América (conocidos también como criollos). Un escalón más abajo estaban los caciques indígenas conquistados por los españoles. Luego venían los mestizos (hijos de españoles e indígenas), los aborígenes, los pardos o mulatos (hijos de negra y español) y los negros libres. Y en el último escalón, los esclavos (tanto negros como pardos). ¡Era tan complicado que hasta hacían pinturas como esta para explicar todas las relaciones que se podían dar! Con solo observar cómo iba vestida una persona, se podía reconocer a qué clase social pertenecía. Esto era importante para saber si se la debía saludar o cederle el paso o si, en realidad, le correspondía hacerlo a ella. Así, a los de la clase alta les estaba reservado vestirse con colores llamativos, como el púrpura, mientras que la mayoría solía usar



tonos opacos y sombríos como el negro, el marrón o el gris. Otra diferencia en la vestimenta era el “blanco” cuanto más blanca estaba la prenda, más alta era la posición social de quien la usaba. ¿Por qué? Porque, como se ensuciaba rápido, implicaba que se tenía mucha ropa para cambiarse todos los días. Las prendas de vestir eran muy caras, por eso las personas de buena posición económica lucían ropas muy vistosas, algo a lo que los más pobres no podían acceder. Solo los hombres de mucho dinero podían usar levitas o casacas; los de los sectores medios acostumbraban a vestir chaquetas, y los grupos populares vestían principalmente con poncho.



Los funcionarios que ocupaban los cargos más importantes (como el de virrey, intendente, gobernador, y los asistentes de ellos) eran casi siempre españoles. El rey estaba muy lejos de sus colonias, por lo cual prefería que aquellos que mandaran en ellas, fueran hombres de su absoluta confianza. Para evitar que los funcionarios se quedaran con algo que no les correspondía, el rey los cambiaba de cargo muy seguido y el nuevo funcionario que llegaba, revisaba la tarea del anterior.

Pantalón hasta la rodilla y bastante ajustado al cuerpo, como el que hoy usan los toreros, con un hilo para ajustarlo a la pierna en su parte inferior.

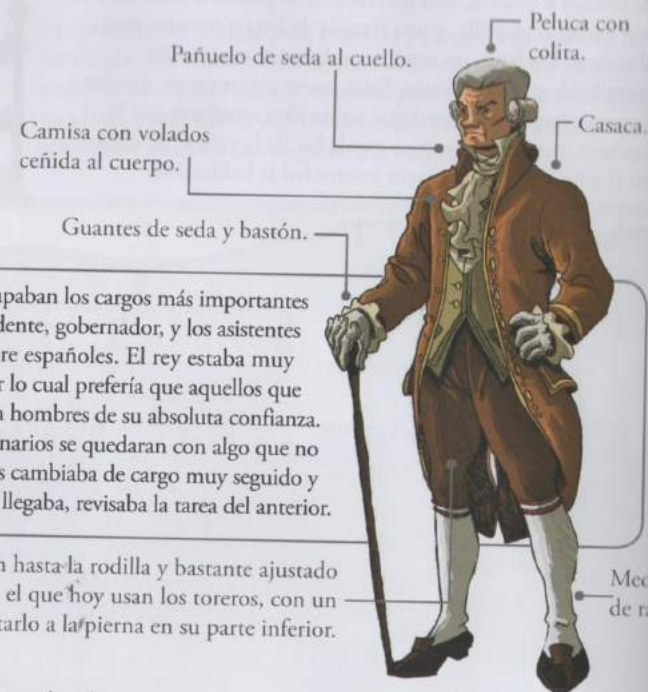
Pañuelo en la cabeza y otro al cuello.

Zapatos de raso o cuero fino con hebillas.

Chaleco.

Camisa atada con lazos en lugar de botones.

Los tenderos, los empleados del gobierno y los artesanos formaban en las ciudades lo que hoy llamaríamos “clase media” y podían ser de origen español o criollo. Sus casas eran más pequeñas que las de los poderosos y muchas veces varias casas compartían un mismo terreno. Sus ropas eran más humildes que las de la clase alta.



Sombrero de copa.

Pañuelo atado o cinta
bordada al cuello.

Pelo largo pero
recogido; las más jóvenes usaban
flores como el clavel o el jazmín.

Rebozo, tela que cubría
la cabeza y parte de los hombros.

Polleras largas hasta los tobillos y
enaguas que eran "para ser vistas";
había enaguas de "fiesta" de tafetán,
una tela brillante.



Los zapatos se mandaban hacer por encargo y
duraban bastante poco, porque eran de raso o
terciopelo. Además, en las ciudades casi no había
veredas y la mayoría de los pisos eran de tierra. Las
señoras de la época cosían a sus zapatos adornos
de plata y oro, que descosían cuando los zapatos
no servían más para volver a usarlos en otro par.

En la época colonial, el comercio solo estaba permitido entre América y España o entre territorios hispanoamericanos. Los grandes mercaderes se dedicaban al comercio con España y, en su mayoría, habían nacido allí. Un comerciante español interesado en comprar y vender productos en las colonias mandaba a un pariente (un hermano, un hijo menor o algún primo) para que lo representara. Podían llegar a ser los hombres más ricos de la sociedad, y esto se reflejaba en sus ropas.

La capa era multiuso, protegía del frío o de la lluvia, pero también se la usaba para cargar cosas haciendo un "atadito" con ella o, en casos de extrema caballerosidad, para evitar que una dama mojara sus zapatos o vestido en un charco.

Zapatos de cuero sin mucho lujo.

Camisas grandes o muy ajustadas
con pantalones de algodón.

Pañuelo en
la cabeza.

Los esclavos eran en su mayoría africanos o descendientes de africanos, y eran vendidos a voluntad por sus dueños. En las ciudades, ellos realizaban todas las tareas del hogar, descargaban mercaderías, trabajaban en el taller si su amo era un artesano, a veces los enviaban a vender los productos que ellos mismos fabricaban, y había un alto porcentaje que eran zapateros. En el campo trabajaban en las quintas, en los molinos o en las estancias. En general, sus condiciones de vida eran duras. Ya ancianos, o a la muerte de su dueño, muchos esclavos conseguían la libertad o la compraban con los pequeños ahorros que podían juntar. En esos casos, pasaban a ser "libertos" y acostumbraban tomar el apellido de sus antiguos patrones.

Por lo general estaban descalzos. Las mujeres solían usar los zapatos desechados por sus amas, y como era difícil que calzaran lo mismo, parte del pie quedaba afuera, y cuando caminaban el zapato tenía movimiento, como pasa en la actualidad con las ojotas.

Vestido de algodón o lanilla.

Cabello largo y trenzado, con manto
sobre la cabeza que la protege del sol
y de la carga que lleva.

Sombrero de fieltro con poca ala.

Poncho.

Camisa de lino.

Los sectores populares, llamados en esa época "el bajo pueblo", eran la mayoría de la población. En este grupo había españoles y criollos pobres, mestizos, mulatos, indígenas y negros. Sin embargo, entre ellos no se sentían todos iguales y el color de la piel servía para diferenciarse. En Buenos Aires trabajaban en las quintas que rodeaban la ciudad y que producían frutas y verduras; también podían ser jornaleros, vendedores ambulantes (de plumeros, de mazamorra, de velas), aguateros, lecheros, planchadoras, lavanderas, etc. Muchos no tenían trabajo fijo y vivían de changas en el día a día.

Falda de algodón o lana, según el clima.

Botas de potro.

Muchos también iban descalzos.

Calzoncillo blanco.



Costumbres y vida cultural

¿Cómo vivían las personas en la época colonial? Sin televisión, sin electricidad, sin agua corriente ¿ni hablar de películas, videos o Internet! ¿Con qué se divertían? ¿Cómo pasaban sus ratos de ocio?

Las iglesias marcaban el transcurso del tiempo. Sus campanas sonaban al alba, al mediodía, al atardecer y a la medianoche. A la misa del alba, muy temprano en la mañana, iban los pobres, mientras que la oficiada a mediodía era a la que concurrían los de mejor posición económica. Muchas de las fiestas y celebraciones de la época estaban vinculadas con la religión católica: Navidad, Corpus Christi, el santo patrono de la ciudad, Pascuas, etcétera.

Ricos y pobres se ponían sus mejores ropas para ir a la iglesia pero, eso sí, sin llamar la atención.

Las iglesias no tenían bancos, así que los esclavos llevaban almohadones para que las mujeres y niñas estuvieran cómodas al momento de arrodillarse durante la misa.

Era común que los mendigos se instalaran en las puertas de las iglesias para pedir limosna. Además, estaba mal visto que lo hicieran en otro lado.

Las tertulias empezaban luego de la hora de la cena y podían durar hasta altas horas de la noche, a veces hasta la salida del sol. Era el momento en que las jóvenes se contaban sus secretos y podían verse con los hombres que las pretendían, aunque fuera a la distancia.

El mate se tomaba en todo momento y lugar. Desde que se iniciaba el día hasta la noche, en una tertulia como esta.



En estos encuentros se tocaba música, casi siempre a cargo de algún joven de la casa, pero también podía ser interpretada por un invitado. Además, se cantaba y se bailaban distintas danzas: minués, vales, colombianas y gavotas.

Las noticias de lugares distantes tardaban muchísimo en llegar. Por eso, cuando un viajero de clase alta llegaba a la ciudad, era invitado a todas las tertulias para que contara los últimos acontecimientos ocurridos en el extranjero.



En la época colonial, el teatro estaba dirigido principalmente a los sectores más acomodados porque la entrada era costosa. La mayoría de la población prefería ir a las corridas de toros, a las riñas de gallos, a los bailes o a las carreras de caballos.

Con tantas velas y gente fumando, era común que los teatros se incendiaran. En Buenos Aires, en 1792, durante un festejo se arrojó un cohete que generó un incendio en la Casa de Comedias, también llamada Teatro de la Ranchería.

Los funcionarios, a veces por recomendación de un sacerdote, podían suspender e incluso prohibir una obra de teatro. Las obras debían educar y no "pervertir", por eso se las controlaba y las compañías debían solicitar permiso para actuar.

Estaba muy mal visto que una mujer actuara, y cuando lo hacía, su reputación se venía abajo. Esa era la razón por la cual muchas veces eran hombres quienes interpretaban sus papeles.

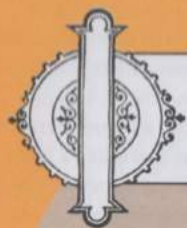
la ciudad para poder abrir una escuela, y este fijaba cuánto podían cobrar y qué estaban autorizados a enseñar. La educación no era igualitaria: a los chicos negros e indígenas, por ejemplo, solo se les podía enseñar la doctrina religiosa, pero no a leer y escribir. La mayoría de la sociedad colonial era analfabeta.

Los primerizos aprendían a escribir o hacer las cuentas con tiza en sus pizarras personales. Los más grandes usaban plumas, con punta de metal, que cargaban en los tinteros. ¿Y cómo hacía el maestro con tantos chicos de distintas edades? Los más grandes lo ayudaban a enseñarles a los más pequeños.

Las familias más acomodadas podían contratar al maestro para que concurren directamente a sus casas. En general, las niñas estudiaban así, aunque eran pocas las que aprendían a leer y a escribir. Es que se pensaba que ellas no necesitaban ese tipo de conocimientos; para eso estaban primero el padre y más tarde el marido.

Existía una "tabla de castigos" Burlarse del profesor: palmetazo o varazo en las nalgas o nudillos; para el que no había hecho la tarea: plantón en la esquina con bonete con orejas de burro. ¡Qué suerte que ahora no pasa eso!

En el periodo colonial no había, como hoy, escuelas públicas. Las escuelas eran de dos tipos: unas pertenecían a órdenes religiosas (jesuitas, franciscanos, dominicos), y otras eran particulares y funcionaban en alguna sala de la casa del maestro.



¡Buen provecho!

COSTUMBRES A LA HORA DE COMER

En muchas casas no había horario para las comidas y no era frecuente la costumbre de reunirse para hacerlo. A la mañana, por ejemplo, mientras uno tomaba mate con galletas en el patio, otro bebía un rico chocolate en la cama; el papá se hacía preparar unos huevos fritos en la cocina y la mamá mandaba a comprar un pastel.

La vajilla escaseaba. La comida se ponía en un gran plato o fuente donde todos se servían y se comía.

¡con las manos! Por lo general, había un solo vaso que pasaba de boca en boca. Las copas solo se usaban (en algunas casas) para las ocasiones especiales.

En la cocina había muy pocos utensilios. Un par de ollas de hierro, alguna que otra sartén y algunos cucharones o palos para revolver. La leña o la bosta seca de animales no podía faltar para mantener el fuego que se encendía desde la mañana.



¿Locro, charqui o puchero? De postre, ¿mazamorra? Si fueras un chico o chica del 1800, seguro incluirías en tu alimentación alguno de estos manjares. Sin supermercados ni negocios de comidas rápidas, la provisión de alimentos naturales no era un problema en tiempos de la Revolución. Los animales abundaban y las plantas, también. Sin heladeras ni microondas, el famoso "¡A comer!" de las mamás no dejaba de oírse, aun en las casas más humildes de nuestro territorio.

La carne

Infaltable, la carne

La base de la alimentación colonial era, sin duda, la carne, que no solo provenía de las vacas. También se consumía carne de gallina, pollo, perdiz, venado, pato, ñandú, cordero, etc. En las ciudades cercanas a ríos se conseguían también, sin demasiada dificultad, pescados de los más variados. El inconveniente más importante era, quizás, la falta de heladeras para poder conservar la carne. Por eso los animales se carneaban y los cortes se consumían en el día. A lo sumo, algunos trozos se trataban con abundantes cantidades de sal o condimentos para que se conservasen un poco más de tiempo.



Cómo conservar la carne

La carne se conservaba mucho tiempo preparándola en charqui, que consistía en cortar la carne en lonjas finas y dejarla secar al sol. Colgadas de sogas al aire libre, despedían un olor nauseabundo. Luego, las tiras quedaban negras y duras como cuero, listas para ser guardadas en barriles con sal. Cuando se querían comer, había que hervirlas más de un día y rogar no perder un diente en el intento de masticarlas. Generalmente, esta carne era consumida por los esclavos.



Martin Otero. www.jujuyenlinea.com



Otros alimentos

Verduras y legumbres, al alcance de la mano

La forma más frecuente de cocinar las carnes era hirviéndolas en caldo en una gran olla de hierro. Allí no faltaban los “acompañantes” vegetales: garbanzos, papas, zapallos, acelga, tomates, zanahorias, cebollas, choclos y porotos eran los más usados para cocinar pucheros, guisos y carbonadas. Por suerte, no era muy complicado conseguirlos: la mayoría de las casas tenía una pequeña quinta para cultivarlos.



Un lujito, el pan

En 1800, el pan como lo conocemos hoy era un alimento caro. Había un pan blanco de primera calidad al que solo podían acceder las familias más acomodadas. Luego había un pan de trigo menos refinado, que era de consumo más masivo; y, por último, un pan negro, de centeno, que comían los más humildes. En las casas más pobres y en los ambientes rurales eran también muy populares las galletas.



Frutas de estación

Muchas casas tenían árboles frutales en las huertas. Así, la provisión de frutas estaba asegurada. Duraznos, higos, ciruelas, naranjas eran comidos a toda hora. En los mercados de algunas ciudades se vendían algunas frutas de regiones lejanas, por ejemplo, naranjas del actual territorio de Paraguay.



Leche fresquita

En las ciudades coloniales, la leche llegaba todos los días proveniente de granjas o estancias que se encontraban en las cercanías. Era traída a caballo en tarros de barro o lata.



Alimentos caros

Los tres productos más costosos y difíciles de conseguir en la cocina colonial eran el azúcar, la sal y ¡el agua! Los dos primeros se usaban para conservar alimentos. El agua se conseguía mediante un pozo o un aljibe en las casas, cuando las familias eran económicamente solventes, o se podía pagar al aguatero, que la extraía del río.



EL MAÍZ



¿Sabías que los granos de maíz fueron la base de muchos alimentos que se preparaban en la época colonial y que aun hoy se siguen comiendo en algunas regiones del país? Si no estabas al tanto, te lo contamos:

El **loco** es un guiso espeso cuya base es el maíz blanco pisado, al que se le puede agregar variada cantidad y tipos de carnes, algunos vegetales y legumbres. La cocción de este guiso puede durar horas.



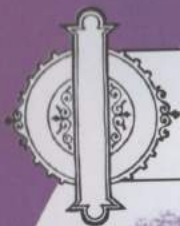
La **mazamorra** es un postre parecido al arroz con leche. También se prepara con maíz blanco pisado y se condimenta con vainilla o canela.

Los **tamales** se preparan con una masa de maíz cocido envuelta en chala, que son las hojas que cubren al choclo en la planta de maíz; y pueden estar rellenos de carne.

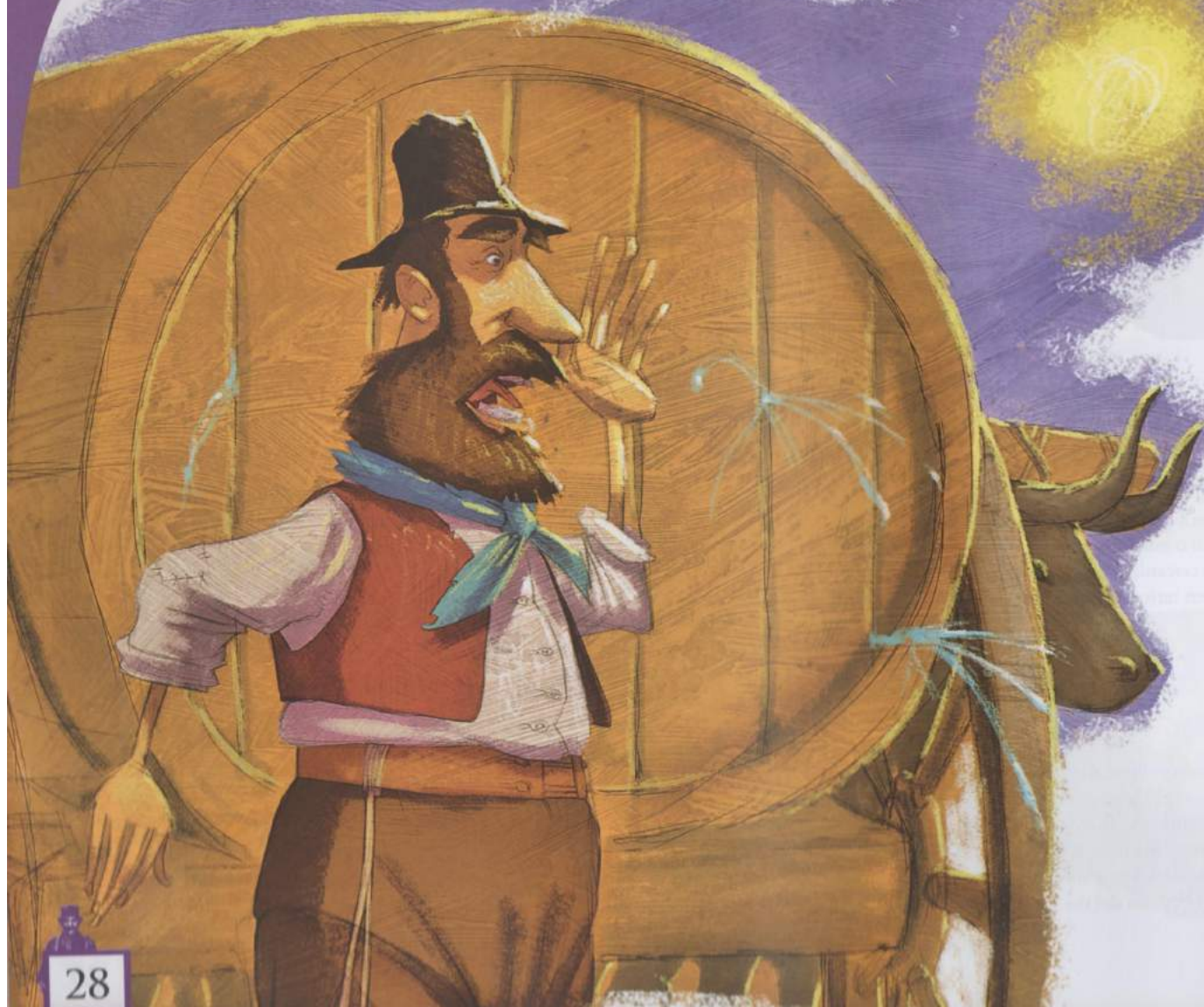


La **polenta** comenzó a prepararse aquí con granos de maíz amarillo molidos en un mortero de piedra. En Italia, ya se preparaba desde mucho tiempo atrás con distintas clases de granos.





Romance del aguatero



“¡Agüita fresca del río!”,
cada día pregonaba
el aguatero en su carro
del que dos bueyes tiraban.
En aquella Buenos Aires
agua corriente no había,
así que era el aguatero
quien del río la traía.
“¡Agüita fresca, fresquita...”,
con voz grave se anunciaba,
“...para las niñas bonitas!”,
y por las calles andaba.
El aguatero no solo
en su carro agua llevaba;
también, a veces, noticias
que con los barcos llegaban.
Algunas de esas noticias
que el aguatero contaba
hablaban de libertad
y a los criollos alentaban.

Corrían días de mayo
y en el río una mañana
dijeron que Napoleón
con sus tropas avanzaba
y que había sido tomado
prisionero el rey de España.
Desde entonces los criollos
se reunieron en bandadas
para pedir al virrey
que un Cabildo convocara
y discutir entre todos
la situación de la Patria.
Y el 25 de Mayo
desde temprano en la plaza
reunido con los criollos
el aguatero esperaba.
En la solapa de todos,
cintas celestes y blancas
y algunas ramas de olivo
que unas manos agitaban.

Griselda Gandolfi



- ¿Sabías que los romances cuentan historias en verso?
- ¿Cómo es el personaje de la historia que cuenta este romance?
- ¿En qué consistía su trabajo?
- ¿Cómo participaba el aguatero de la Revolución?
- ¿Te gustó esta poesía?
- ¿Por qué? ¿Qué otro título podrías ponerle?

¿Sanos y limpios?

Pocos cuidados, muchas enfermedades

En las casas, eran muchas las condiciones que propiciaban la aparición de enfermedades: la escasa y dudosa provisión de agua, la imposibilidad de refrigerar los alimentos, la falta de sanitarios.

¿Sabías que solo algunas familias contaban con una bañera de latón? La usaban sin cambiar el agua. Primero se zambullía el señor de la casa, luego la señora y a continuación las hijas, de la mayor a la menor. Al principio, el agua estaba fría pero, con el uso, se iba entibiando. A los hijos varones no les quedaba más remedio que bañarse en el río, como lo hacían casi todos los pobladores de cualquier ciudad colonial.



Médicos que hicieron escuela

Durante la época colonial, quien controlaba el ejercicio de la medicina era una institución llamada Protomedicato. El primero en el Río de la Plata lo creó el virrey Vértiz en 1779 y se trataba de un tribunal que evaluaba a quienes querían ejercer la disciplina. Además, colaboraba con el gobierno y con la justicia para sancionar a aquellos que, siendo médicos o boticarios, cometían faltas o a los que ejercían ilegalmente la medicina.

En la época colonial, los conocimientos sobre medicina eran muy limitados. No se conocían los antibióticos (medicamentos indicados para combatir muchas enfermedades infecciosas), poco se sabía acerca de los cuidados personales que había que tener y las formas de prevenir enfermedades. Como te contaremos a continuación, vivir sano en aquellos tiempos era todo un desafío.

Si alguien quería recibir una ducha inesperada, lo mejor era caminar por las calles. ¿Por qué? Porque era costumbre arrojar el agua de las bañeras desde las puertas y ventanas. Y no solo eso: también tiraban el contenido de las "bacinillas" que usaban durante la noche para hacer sus necesidades. Eso sí, para no ganarse el odio de los vecinos y ensuciar sus distinguidos sombreros y peinados, gritaban "¡Agua va!" antes de hacerlo. Considerados, ¿no?



Las calles de las ciudades tenían, entonces, un aspecto deplorable. No solo por el vertido de las bacinillas, sino también por la presencia de alguna vaca o caballo muerto, basura, roedores y moscas por doquier. El olor era nauseabundo. Estas condiciones favorecían la propagación de enfermedades infecciosas: viruela, sarampión, fiebre tifoidea, escarlatina, tifus, entre otras. Sin olvidarnos de la temible rabia, producida por la presencia de los perros salvajes o cimarrones que vagaban por las calles.



Fundación del Protomedicato, mural de Antonio González Moreno que se encuentra en el Aula Magna de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Gentileza Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

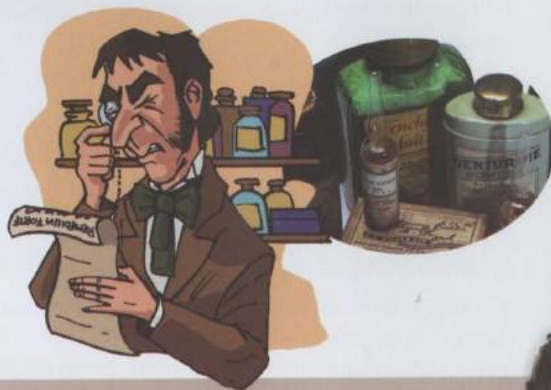
De hospitales y de médicos

En las principales ciudades coloniales se localizaban los pocos hospitales que había en el territorio: el Real Hospital de Santiago del Estero, el Hospital de Santa Fe, el Hospital San Andrés de Salta, los hospitales Santa Eulalia y San Roque en Córdoba. A partir de fines del siglo XVIII, el viejo Hospital de San Martín de Buenos Aires se dedicó solamente a atender emergencias, mientras que los internados eran tratados en el Hospital de Hombres o al Hospital de Mujeres, según correspondiera.



Por los pasillos de un hospital era frecuente ver personas caminando con dificultades por el reumatismo, otras con un trapo fresco sobre la frente para tratar de dominar la fiebre alta y muchas con un pañuelo atado a la cara que suponía atenuaba el dolor de muelas. ¡El sacamuelas—tal como se llamaba a los antiguos dentistas—no podía tardar!

Los médicos escribían sus recetas en latín. ¡Solo el boticario o el farmacéutico podía entenderla! Y prácticamente ningún paciente sabía lo que tomaba. Recién en 1822 se ordenó a los médicos escribir sus recetas en español.



Miguel Gorman fue el primer director del Protomedicato en el Virreinato del Río de la Plata. Este irlandés que nació en 1736 y falleció en 1819 en suelo criollo, es considerado por algunos historiadores el primer médico ilustre que trabajó en Buenos Aires. En 1799 fue, además, uno de los fundadores de la Escuela de Medicina que funcionaba en el Real Colegio de San Carlos.

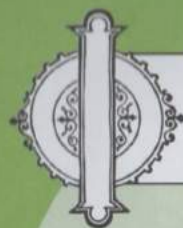


El doctor Gorman conocía muy bien al reconocido cirujano español Francisco Argerich. Pero Cosme, uno de sus 18 hijos, es recordado como uno de los más brillantes médicos criollos. Cosme Argerich nació en 1758 y estudió medicina en España. En 1802 asumió como catedrático del Protomedicato. En las Invasiones Inglesas fue el médico jefe del Hospital de la Caridad y participó del Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810. Falleció en 1820.



Los tratamientos eran de lo más variados: ventosas, ramas de quina pisadas y molidas para la fiebre, bragueros (fajas) para hernias, etc. La única vacuna que se conocía desde principios del siglo XIX era la antivariólica (contra la viruela). Aunque había un buen número de médicos, lo más común era recurrir a un curandero o curandera que con sus pócimas y pomadas ayudaban, cuando el problema no era grave, a curar.





La vida en el campo

Caravana en el campo, litografía de Durand.



La población rural en la zona del Río de la Plata

Durante mucho tiempo se creyó que en toda la región pampeana del período colonial y de la época de la Independencia había casi solamente vacas y gauchos. Esa imagen surgió porque quienes más escribieron sobre la pampa fueron viajeros, sobre todo ingleses, que anotaron lo que más les llamaba la atención: esos jinetes libres y la gran extensión de tierra que parecía solo estar cubierta de vacas. En cambio, no registraron lo que les parecía más común y parecido a sus países, por ejemplo, la existencia de campesinos agricultores.

Los gauchos

Los gauchos eran un sector marginal de la sociedad rural. Estos hombres realizaban varias actividades para vivir: cazaban nutrias, ñandúes y vacas para luego vender sus plumas y cueros. Pero también solían recorrer el territorio reuniendo y llevando el ganado a los mataderos de las ciudades y pueblos de la provincia. Otra posibilidad de trabajo era la de domador de potros, ya que eran hábiles jinetes. Es decir, vivían de lo que la naturaleza les proveía, pero al mismo tiempo se empleaban transitoriamente en las estancias en las épocas en que estas necesitaban peones. Algunas veces, las autoridades los perseguían porque los consideraban "vagos". Los gauchos eran originarios de la zona pampeana, pero durante la guerra de la Independencia el nombre se extendió a la población rural de otras zonas, como ocurrió en Salta.



El lazo, litografía de Isola.

Los labradores

En los campos cercanos a las ciudades y pueblos residían y trabajaban los labradores, que se encargaban de cultivar hortalizas y cereales para abastecer a quienes vivían en esas zonas urbanas, y algunos también criaban animales. Todos los miembros de la familia trabajaban y, a veces, también lo hacían los "agregados", personas que se sumaban a vivir con la familia y aportaban su trabajo a cambio de techo y comida.

Vista de Buenos Aires desde el Sur, lápiz de Borget.





Las estancias

Las estancias eran grandes extensiones de tierra donde la principal actividad económica era la ganadería vacuna, pero en algunas regiones también se cultivaban cereales, como el trigo. En las épocas de mucho trabajo, por ejemplo cuando marcaban a los animales o cuando los mataban para sacarles el cuero, se contrataban peones para esas tareas. El resto del año había pocos empleados permanentes, que en su mayoría eran esclavos. En la época colonial había muchos estancieros que tenían un pasar muy modesto y que vivían en el campo, pero los estancieros más importantes vivían la mayor parte del tiempo en las ciudades y dejaban la producción a cargo de capataces y mayordomos.



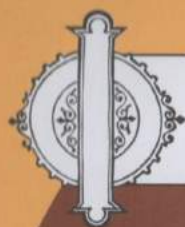
Los fogones

Un lugar muy importante de reunión y esparcimiento de los trabajadores de la estancia era el fogón. A veces estaba dentro de un cuarto amplio que tenía un agujero en el techo, y otras veces estaba debajo del amplio alero de un galpón. El fuego, alimentado con bosta de vaca u oveja secada al sol, para espantar a los molestos mosquitos, se mantenía encendido durante las 24 horas y en él se calentaban las personas, el agua para el mate, se cocinaba una sopa o se asaba un poco de carne que se comía con pan o galletas. Era el lugar donde se intercambiaban noticias, cuentos y chismes. Allí los más jóvenes aprendían de los más viejos y se tomaban decisiones acerca del trabajo del día siguiente.

Las pulperías

En medio de las tierras donde había pocos centros urbanos, eran muy importantes las pulperías, unas humildes construcciones que servían para que los paisanos llevaran los cueros y plumas y los cambiaran por pan, yerba, azúcar, pólvora y por los "vicios" bebidas alcohólicas y tabaco. Además, como los que vivían en el campo estaban muy alejados unos de otros, la pulpería era el lugar para encontrarse, enterarse de las noticias, tomar algo, divertirse cantando, jugando a las cartas o a la taba, o ver una riña de gallos. También había pulperías "volantes", que se trasladaban de un lado a otro.





Más allá de la frontera

Territorios bajo dominio indígena

En 1810, habían quedado dos grandes territorios fuera del dominio español.

ABIPONES EN TRAJE DE GUERRA.
DIBUJADO DE AGUIER.



Al norte, los indígenas conservaban en su poder la gran región del Chaco, que comprendía las actuales provincias de Chaco, Formosa, norte de Santa Fe y este de Santiago del Estero y Salta. Allí vivían grupos mocovíes y abipones, entre otros, que se mantuvieron independientes hasta 1884.

Al sur, la frontera pasaba por las actuales provincias de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires. Buena parte de la llanura pampeana y toda la Patagonia estaban en manos indígenas. Los araucanos o mapuches, originarios de lo que hoy es el sur de Chile, habían invadido esta zona y se habían mezclado con los grupos que habitaban estas tierras, como los pampas, los pehuenches (de la actual Neuquén) y los tehuelches (de la Patagonia). De la mezcla de los viejos pueblos y los araucanos surgieron grupos nuevos, como los ranqueles y los boroganos. Todos estos pueblos intercambiaban productos entre sí, pero no tenían una única autoridad que los agrupara, sino que formaban distintas tribus. Fueron independientes hasta 1879.

Entre los siglos XVI y XVIII los españoles se apoderaron de territorios que hoy forman parte de la República Argentina y sometieron a sus habitantes por la fuerza. Pero hubo otras regiones de nuestro país en las que los indígenas resistieron la conquista.

TOLDERÍA DE INDIOS EN SIERRA DE LA VENTANA.
ACUARELA DE PELLEGRINI.



Las relaciones en la frontera

Entre los dominios españoles y los indígenas existía una gran zona de transición llamada frontera. Cerca de la frontera, el contacto con sus vecinos españoles hizo que los indígenas cambiaran algunas de sus costumbres. Por ejemplo, empezaron a utilizar animales que no eran originarios de América: criaban vacas y ovejas, y usaban el caballo como medio de transporte (y también como alimento). En zonas cordilleranas o en el sur de la Patagonia, los indígenas también comenzaron a cultivar trigo, cebada y arvejas.

Los intercambios

El comercio entre los indígenas independientes y la sociedad colonial fue permanente. Muchos de los ponchos que se usaban en Buenos Aires eran fabricados por los pampas, al igual que las boleadoras y varios productos de cuero. A cambio, los aborígenes obtenían tabaco, yerba, azúcar y pólvora, y adquirirían también productos manufacturados europeos o materia prima traída desde el exterior. Por ejemplo, para teñir la lana para los ponchos usaban el añil, importado desde Asia, y para su confección se utilizaban agujas, punzones o tijeras, también importados.

TRAJES CRIOLLOS,
ACUARELA DE FLORIAN PAUCKE.



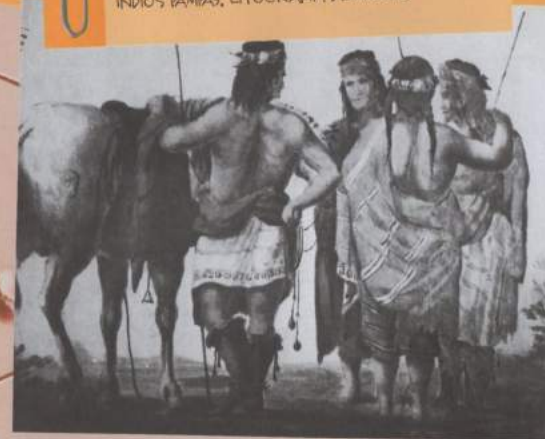
CACIQUE PATAGÓN, ACUARELA DE GOUPIL.



Los parlamentos

Para poner fin a un conflicto, o para evitarlo, se realizaban reuniones entre funcionarios españoles y los caciques. Era habitual que cuando un cacique iba a negociar se vistiera como un español, pero siempre hablaba en su propio idioma, aunque supiera español; era una forma de demostrar su independencia.

INDIOS PAMPAS, LITOGRAFÍA DE MOREL.



Las luchas y malones

A pesar de los intercambios, los enfrentamientos eran frecuentes, con agresiones de ambos lados, tanto en la frontera norte como en la sur. En la región pampeana, los indígenas atacaban en malón, una gran cantidad de guerreros que entraban a caballo a los pueblos y estancias fronterizas y se llevaban el ganado. A veces capturaban a las mujeres y a los hombres importantes para pedir luego un rescate por ellos. Por eso, en las zonas de frontera, había pequeñas fortificaciones, llamadas fortines, realizadas con palos y tunas en donde se enviaba a un pequeño grupo de soldados para defender la zona. Muchas veces, los soldados se transformaban en los primeros habitantes del nuevo pueblo que surgía en torno al fortín.

ATAQUE DE INDIOS, LITOGRAFÍA DE ISOLA.





Una posta en el camino

El carruaje avanzaba al galope de los caballos, bien gobernados por los gritos del cochero y la amenaza del látigo chasqueando en el aire. El hombre miraba el cielo y, como acto reflejo, exigía a los animales. Nada bueno presagiaban esos nubarrones amarillos como la tosca, veteados de franjas oscuras. Todavía faltaba una legua para llegar a la posta, tan cerca de las quintas donde dejaría a sus escasos pasajeros. Con las primeras gotas, divisó el caserío, con alivio. Bien pronto el camino se convertiría en un barrial intransitable.

—¡Abajo, que se vino el agua! —exclamó.

Del interior del carruaje bajó primero un muchacho de trece años, moreno y enérgico, con expresión de mirarlo todo por primera vez.

—¿Te gustó Buenos Aires, Víctor? —le preguntó el cochero, paternal.

—¡Ya quiero volver, don Manuel! —respondió el muchacho, enfático.

Luego pareció pensarlo un poco más y agregó:

—Pero también quiero llegar a casa y contarle todo a mamá. ¡Le llevamos regalos!

Su padre, que bajó detrás, intercambió una mirada cómplice con el cochero.

El cielo se volvió negro como los negros campos, y la cortina gris del agua acortó el horizonte. Sentado a una de las mesas de madera del establecimiento, Víctor se unió a Mariano, el único pasajero de su edad, tan pecos como buen conversador.

—Es grande Buenos Aires, eh... como diez mil deben vivir allí —calculó Víctor.

—¡Nooo! Treinta mil, un poco más, menos que eso seguro que no.

Mariano, a diferencia de Víctor, había visitado varias veces la ciudad y su tono era el de un viajero experto.

—No sabés lo que pasó en el puerto.

—Contame, dale —se intrigó Víctor.

—Había un barco.

—Y claro. Era un puerto.

—Esperá, esperá que te cuento todo. Venía del Brasil el barco, y sabés lo que contó el capitán, más desconfiado que gallo tuerto: que vieron una flota de fragatas inglesas acercándose al Río de la Plata.

Víctor intentó imaginarse aquello. ¡Barcos de guerra! Serían oscuros, serían colosales. Tripulados por hombres crueles y ávidos de riquezas ajenas. ¡Barcos para hundir otros barcos! Mariano, satisfecho, comprobó que había asombrado a su compañero de viaje, pero faltaba más:

—Dicen que vienen a Buenos Aires.

—En serio? —Víctor abrió grande la boca y los ojos.

—Sí, nos van a invadir porque están peleando contra los españoles. Y quieren... ¿sabés qué quieren?

El cochero, que lo había escuchado todo, con su sombrero de ala ancha todavía encima de su cabeza, intervino con voz grave:

—Quieren la plata potosina.

Mariano lo miró, decepcionado... ¡le habían quitado el remate de la historia! Pero se apuró a continuar

—Es cierto, como dice don Manuel: buscan la plata que viene de Potosí y que va para el reino de España.

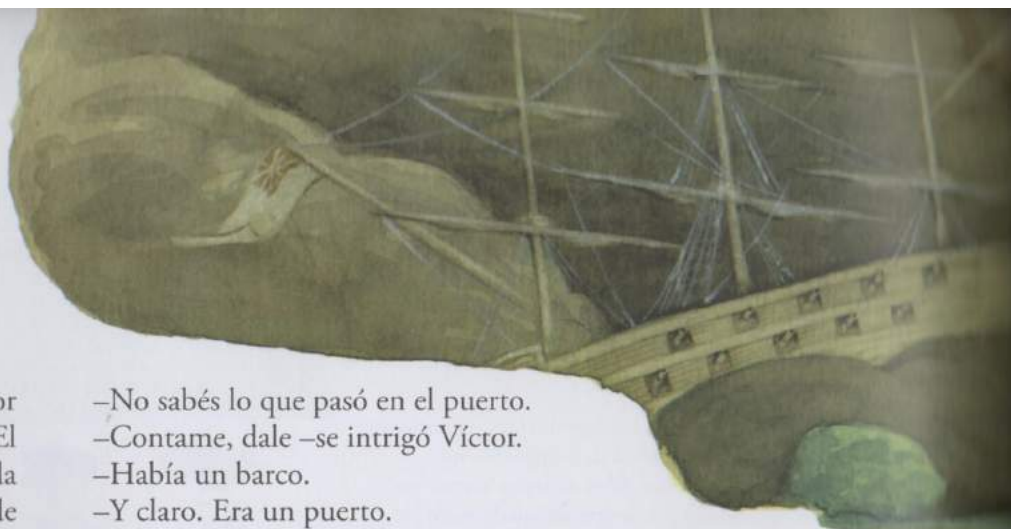
¡Eso sí que eran noticias! Víctor, pasmado, quiso saber

—¿Y cuándo ocurrirá eso? ¡Yo quiero estar cuando vengan!

—¿Para qué? —se intrigó su nuevo amigo.

—Para ver la flota, las naves, los soldados... ¡Para pelear!

—Chiquito el gorrión, pero se cree un águila —sentenció el cochero.





Aunque enseguida ladeó su sombrero, se agachó y le comentó al oído, mientras lo palmeaba:

—Pero así se habla, Víctor, así se habla.

—¡Padre, padre! ¿Vio lo que dicen? ¿Que van a invadir Buenos Aires! ¡Los ingleses! ¡En una flota! ¡Fragatas!

El padre asintió, preocupado, sin compartir la euforia de su hijo. Nunca era buena la guerra. Si los ingleses atacaban, habría que defenderse y eso siempre costaría vidas.

La lluvia caía sin respiro sobre los pajonales y los sufridos bueyes y caballos que soportaban el temporal al reparo de los ceibos, chañares y sauces que rodeaban la posta.

—¡Se ha decidido! Dormiremos aquí —anunció el cochero.

Cayó la noche, los adultos tomaron algún trago fuerte, cenaron y se fueron a dormir. Víctor extrañaba a su madre y a sus hermanos mayores, pero esta vez tuvo el privilegio de acompañar a su padre para hacer compras en Buenos Aires. Más tarde, en el incómodo catre, despertó con un

grito. Y mientras abría los ojos, se disolvían naves siniestras, con cañones que escupían bolas oscuras dejando tras de sí el rastro del fuego, el olor de la pólvora, entretanto los porteños repelían el ataque con ingenio, armas y coraje. ¡Él mismo iba a la batalla con un grito guerrero! El mismo grito que sobresaltó a su padre:

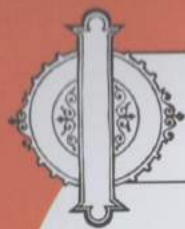
—¿Qué pasó, hijo?

—Nada, papá, nada... ¡Soñé que era un héroe!

Franco Vaccarini

- 🔍 Buscá y anotá sinónimos para cada una de estas palabras presentes en el cuento: posta / tosca / legua / ávidos / pasmado / repeler
- 🔍 Explicá qué significa esta expresión: "Chiquito el gorrión, pero se cree un águila"
- 🔍 ¿Cuál habrá sido el sueño del protagonista? ¿Por qué habrá soñado que era un héroe? Imaginalo y continuá el relato.





Las Invasiones Inglesas

España y Gran Bretaña eran dos potencias enemigas desde hacía mucho tiempo. En 1806 estaban en guerra y los ingleses decidieron dar un golpe secreto en las colonias españolas. Atacaron Buenos Aires para apoderarse de uno de los territorios de sus rivales y porque, además, era el puerto de salida de la plata de Potosí y querían apropiarse de esa riqueza.



◀ 5 ▶

Todos festejaron la victoria, aunque estaban seguros de que los ingleses iban a volver. Entonces, se formaron distintos batallones de milicianos voluntarios. Los milicianos no eran soldados profesionales, sino vecinos que se armaron para defender su ciudad. Se organizaron de acuerdo con su lugar de origen y su color de piel. Así, los *Patricios* eran los nacidos en la patria, que para los porteños de esa época era Buenos Aires; los *Arribeños* eran los que venían "de arriba", es decir, del Norte; los *Mulatos*, *Pardos* y *Morenos* reunieron a indígenas, mulatos y negros libres; y había varios grupos de españoles: *Vizcaínos*, *Andaluces*, *Gallegos*, *Catalanes* y *Cántabros*; incluso había un cuerpo de esclavos armados con lanzas y cuchillos.



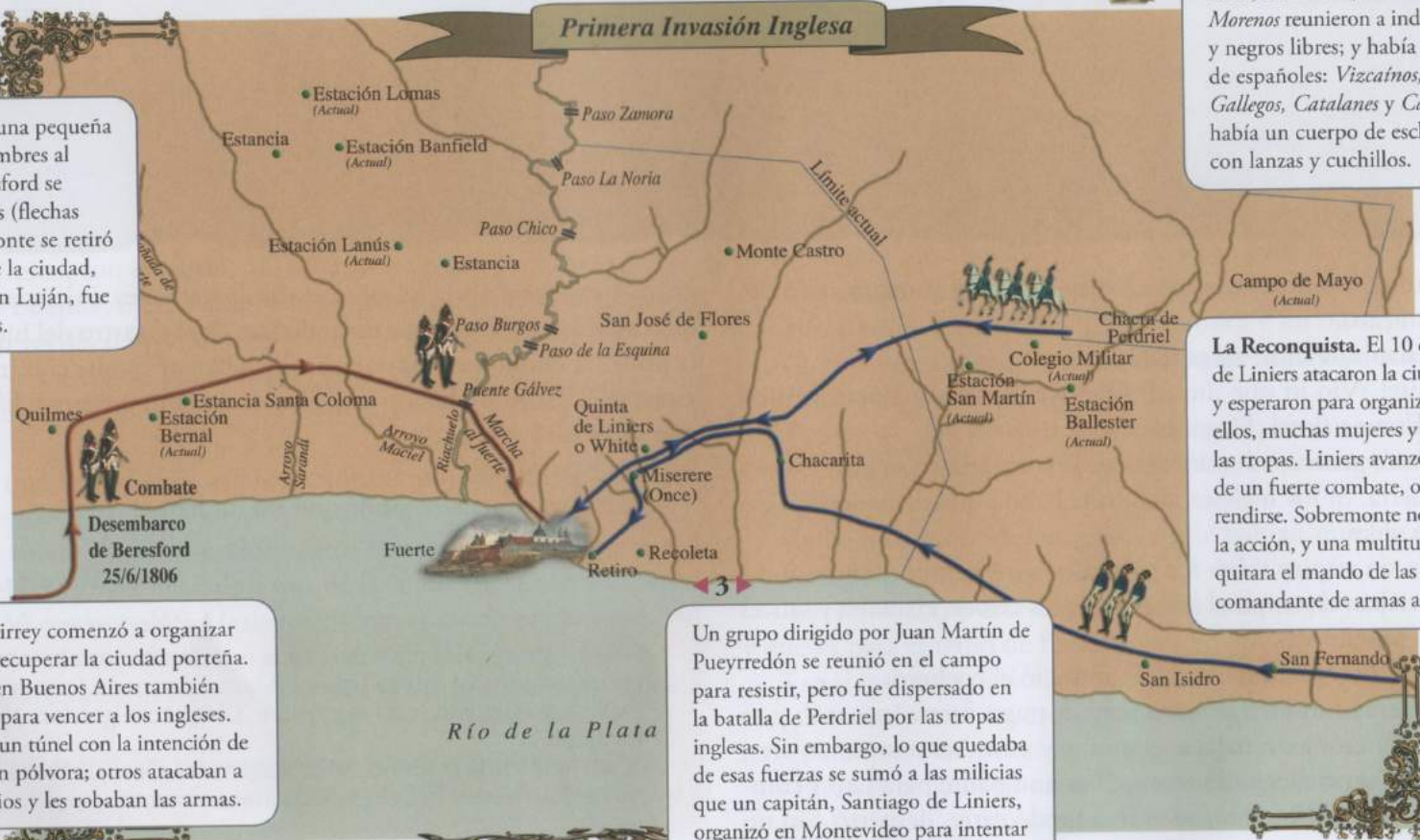
◀ 1 ▶

El 25 de junio de 1806 una pequeña expedición de 1.600 hombres al mando del general Beresford se apoderó de Buenos Aires (flechas rojas). El virrey Sobremonte se retiró a Córdoba y el tesoro de la ciudad, que se había guardado en Luján, fue apresado por los ingleses.

◀ 2 ▶

En Córdoba, el virrey comenzó a organizar un ejército para recuperar la ciudad porteña. Mientras tanto, en Buenos Aires también tramaban planes para vencer a los ingleses. Algunos cavaban un túnel con la intención de volar el fuerte con pólvora; otros atacaban a centinelas solitarios y les robaban las armas.

Primera Invasión Inglesa



◀ 4 ▶

La Reconquista. El 10 de agosto, 2.000 hombres de Liniers atacaron la ciudad. Tomaron el Retiro y esperaron para organizar a los voluntarios —entre ellos, muchas mujeres y niños— que se sumaron a las tropas. Liniers avanzó hacia el centro y, después de un fuerte combate, obligó a los ingleses a rendirse. Sobremonte no llegó desde Córdoba para la acción, y una multitud exigió al Cabildo que quitara el mando de las tropas al virrey y nombrase comandante de armas a Liniers.

Un grupo dirigido por Juan Martín de Pueyrredón se reunió en el campo para resistir, pero fue dispersado en la batalla de Perdriel por las tropas inglesas. Sin embargo, lo que quedaba de esas fuerzas se sumó a las milicias que un capitán, Santiago de Liniers, organizó en Montevideo para intentar la Reconquista (flechas azules).

La Defensa. En 1807 los ingleses, al mando del general Whitelocke, conquistaron Montevideo, Maldonado y Colonia, y se dispusieron a tomar Buenos Aires. Un ejército de alrededor de 10.000 hombres desembarcó en Ensenada –cerca de lo que hoy es la actual ciudad de La Plata–, avanzó sobre la ciudad y venció a las fuerzas de Liniers. El 5 de julio, los ingleses entraron en columnas por las calles de Buenos Aires. Pero esta vez el pueblo estaba preparado: había levantado barricadas y organizado guerrillas que atacaban a los invasores desde las terrazas y las esquinas con armas de fuego, cuchillos, piedras y agua hirviendo. Tras un largo combate, los ingleses tuvieron que rendirse. Como consecuencia, evacuaron la ciudad, y también fueron obligados a devolver Montevideo.



El triunfo fue celebrado en toda América. En Oruro, actualmente Bolivia, se confeccionó una gran lámina de plata para felicitar a los porteños (hoy se encuentra en el Museo del Cabildo). Algunas calles de Buenos Aires cambiaron sus nombres por los de los héroes de ese día. El sector oeste de la Plaza Mayor (hoy, Plaza de Mayo) se llamó desde entonces Plaza de la Victoria. A partir de ese momento, la mayor parte de los fondos de la ciudad se destinaron para pagarles a los milicianos.



Un mundo agitado

Antes de que ocurriera la Revolución de Mayo, hubo una serie de acontecimientos que tuvieron mucha influencia en el Río de la Plata.



El ascenso de Gran Bretaña

En el siglo XVIII Gran Bretaña se convirtió en la potencia más poderosa. A mediados de ese siglo comenzó en su territorio la Revolución Industrial, que transformó la manera de fabricar los productos. De hacerlos de forma manual, se pasó a producirlos con máquinas. Así, Gran Bretaña necesitó cada vez más mercados donde vender los bienes que elaboraban sus fábricas.

Las reformas borbónicas

A mediados del siglo XVIII, los reyes de España decidieron hacer algunos cambios en sus territorios americanos para fortalecer su poderío. Ese plan tuvo dos objetivos:

- obtener más dinero y
- mejorar la defensa contra los ataques extranjeros.

Para lograrlos, las medidas principales fueron: aplicar nuevos impuestos a los americanos, enviar más funcionarios españoles para controlar lo que ocurría en América y reorganizar los territorios para defenderlos mejor. Esas medidas generaron resistencias y quejas en distintos lugares. La pintura muestra al rey borbón Carlos III, impulsor de las reformas, comiendo ante su corte.



Las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Katari

Los abusos de los funcionarios españoles eran habituales en América. En muchas oportunidades, provocaron reacciones violentas de los que sufrían esa explotación. Eso ocurrió en 1780 en el Perú, cuando el cacique José Gabriel Condorcanqui inició, en la zona de Cuzco, un levantamiento contra las autoridades locales. El cacique, que ves en la ilustración, adoptó el nombre de Tupac Amaru II (Tupac Amaru había sido el último rey inca) y rechazó el dominio español. Los rebeldes obtuvieron algunos triunfos, pero después fueron vencidos por las autoridades españolas. Tupac Amaru, su familia y muchos de sus seguidores fueron torturados y muertos por orden de la justicia. Pero en el vecino Alto Perú siguió el levantamiento, dirigido por Tupac Katari, que también fue reprimido con violencia.

El primer país independiente de América

En 1775 comenzó una guerra entre Gran Bretaña y la mayoría de sus colonias americanas. Los colonos venían quejándose desde hacía años porque sentían que Gran Bretaña ponía frenos a su desarrollo y los obligaba a pagar más impuestos. Al mismo tiempo, no les permitían participar de la decisión acerca de qué se hacía con lo recaudado, entonces estalló la guerra. Cuando esta había apenas comenzado, en 1776, los representantes de las colonias rebeldes se reunieron y declararon la Independencia de un nuevo país: los Estados Unidos de América (el cuadro representa el momento de la jura de la Declaración de la Independencia). El conflicto fue largo y complicado. Con apoyo de Francia y España, los estadounidenses triunfaron en 1783. Fue el primer territorio americano en independizarse de sus dominadores europeos.



La Revolución Francesa

En 1789 comenzó en Francia una revolución contra el poder de los monarcas. Los revolucionarios decían que la libertad del hombre era un derecho universal, que el poder estaba en la nación (y no en el rey) y que la propiedad privada era intocable. La revolución duró varios años y transformó a Francia: el pueblo participó activamente en la política, y la monarquía fue reemplazada por una república: ya no gobernaba el rey, ahora lo hacía el pueblo. El rey Luis XVI y muchos de sus partidarios fueron condenados a muerte y perdieron la cabeza en la guillotina. Otros reyes europeos tuvieron miedo de que en sus países pasara algo similar y atacaron a los revolucionarios franceses. Sin embargo, ellos lograron resistir.



Napoleón Bonaparte

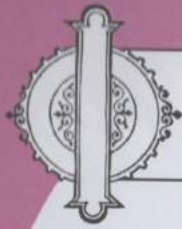
La Revolución Francesa debió movilizar a muchas personas para defenderse de las agresiones de las monarquías europeas. En esas guerras se fue formando un ejército poderosísimo. Con los triunfos, algunos oficiales fueron adquiriendo mucho prestigio. Ese fue el caso de Napoleón Bonaparte, quien desde un origen modesto fue ascendiendo por su gran talento militar hasta convertirse en general. Por medio de un golpe de Estado llegó al gobierno y en 1804 se hizo nombrar emperador de los franceses. Enfrentó a las principales potencias europeas, las derrotó una y otra vez y dominó durante algunos años la mayor parte de Europa.



La rebelión de los esclavos

Francia tenía una colonia en el mar Caribe que se llamaba Saint-Domingue. Allí mandaba un pequeño grupo de franceses que tenían plantaciones de azúcar, en donde trabajaban esclavos negros traídos de África. Cuando la Revolución Francesa declaró los "derechos del hombre y el ciudadano", los esclavos se rebelaron, exigieron igualdad y abolieron la esclavitud después de un largo y sangriento conflicto. Fue la única rebelión de esclavos en la historia que tuvo éxito. Napoleón Bonaparte quiso reconquistar la isla, pero el ejército de negros y mulatos derrotó a los franceses. En 1804 los rebeldes se separaron de Francia: así nació Haití, el primer país independiente de América Latina.





Hacia la Revolución

En 1808, el emperador francés Napoleón Bonaparte contaba con mucho poder. Ese año invadió España, obligó al rey Fernando VII a abandonar su trono y lo mantuvo prisionero. En su lugar, nombró rey de España a José Bonaparte, su hermano.

Pero los súbditos españoles no aceptaron esa designación, ya que no la consideraron legítima. Entonces, cada ciudad española importante formó una junta de gobierno que se ocupaba de cuidar los derechos del rey preso hasta que este volviera. Muy pronto, esas juntas se reunieron y formaron una Junta Central, que funcionó en Sevilla. Mientras tanto, los españoles se organizaron y pelearon contra los invasores franceses.

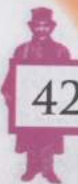
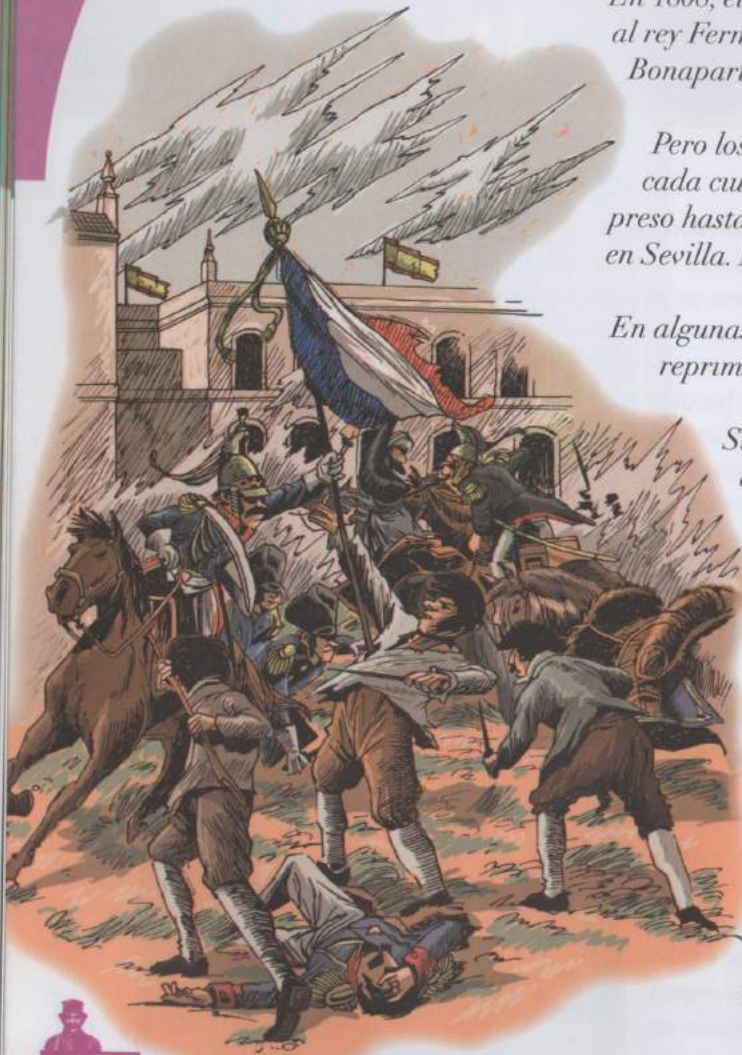
En algunas ciudades americanas hubo intentos de formar juntas, al igual que en España, pero fueron reprimidas violentamente por las autoridades coloniales.

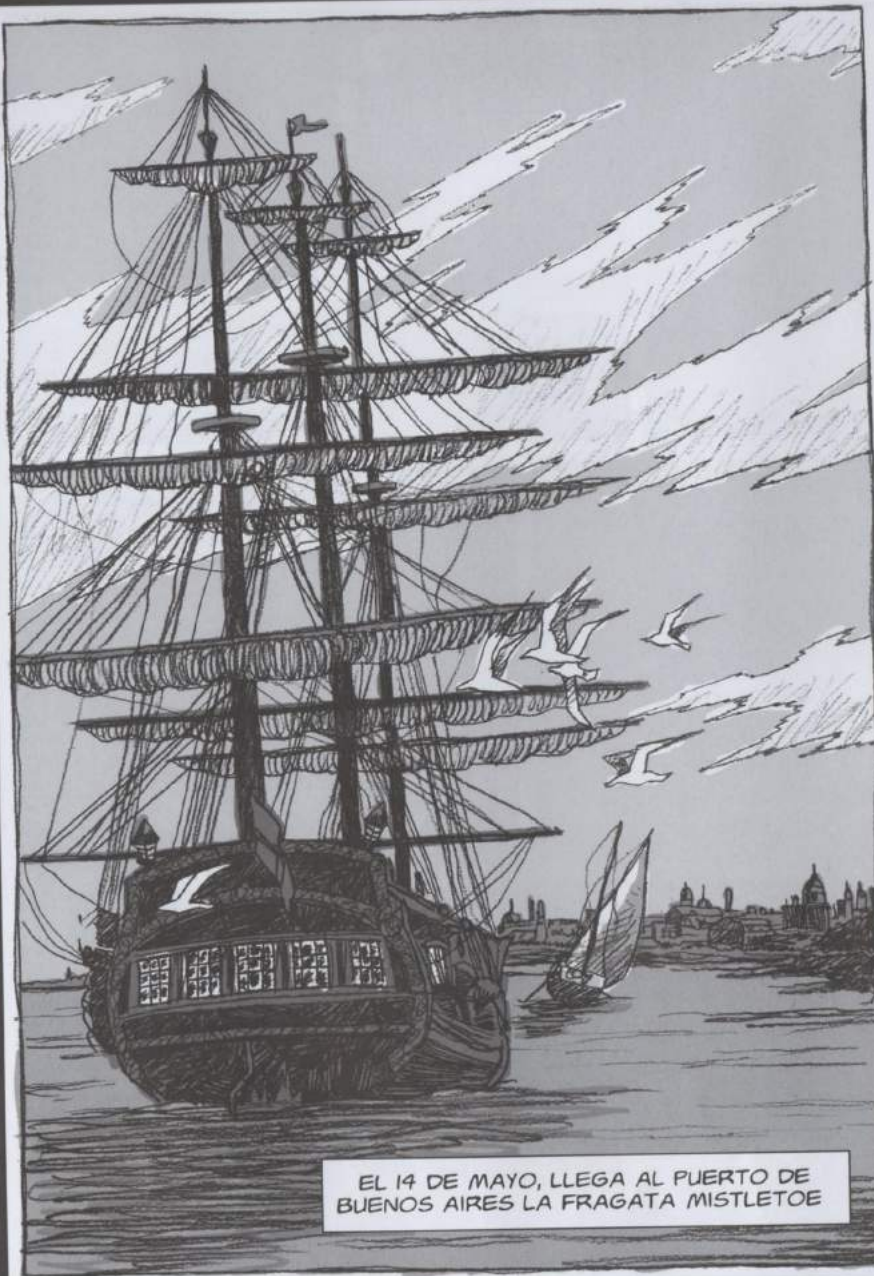
Sin embargo, en la mayor parte de la América española la reacción fue jurar fidelidad a Fernando VII, ayudar a España en la guerra contra Francia y obedecer a la Junta Central de Sevilla. Los americanos se consideraban españoles y buscaron en esa crisis ser reconocidos como iguales a los europeos. Pero no lo consiguieron, y eso generó un gran desencanto.

Al principio, los españoles tuvieron éxito en la guerra contra los franceses. Pero en 1810 Napoleón los derrotó completamente y se apoderó de todo el país. La Junta Central desapareció. Ya no había gobierno en España.

Las noticias de lo ocurrido en Europa fueron llegando a América y algunas ciudades formaron juntas, en principio hasta que retornara el rey español al trono. Así, sin ponerse de acuerdo entre ellas, algunas capitales como Caracas, Santiago de Chile y Bogotá, más algunas ciudades mexicanas, quitaron el mando a las autoridades españolas y formaron gobiernos propios.

¿Qué pasó en Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, cuando llegaron las noticias de España?





EL 14 DE MAYO, LLEGA AL PUERTO DE BUENOS AIRES LA FRAGATA MISTLETOE

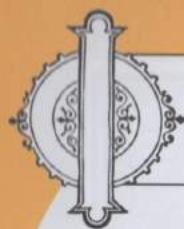


UN FUNCIONARIO REAL JUNTO CON UN ILUSTRE ESPAÑOL SUBEN AL BARCO A RECIBIR NOTICIAS.









El Cabildo abierto del 22 de mayo

El 22 de mayo de 1810 se reunió un Cabildo abierto para decidir qué hacer en el Virreinato del Río de la Plata ante la grave crisis en España. Un Cabildo abierto era una asamblea en la que todos los presentes podían expresar su opinión libremente y después cada uno votaba por la propuesta que le parecía más adecuada. El debate duró todo el día.

Este cuadro, que parece una foto, no fue hecho en la época en que tuvo lugar el Cabildo abierto. El artista chileno Pedro Subercaseaux lo pintó un siglo más tarde, para el festejo del Centenario de la Revolución de Mayo. Para hacerlo leyó mucho sobre el acontecimiento y se imaginó cómo pudo haber sido.

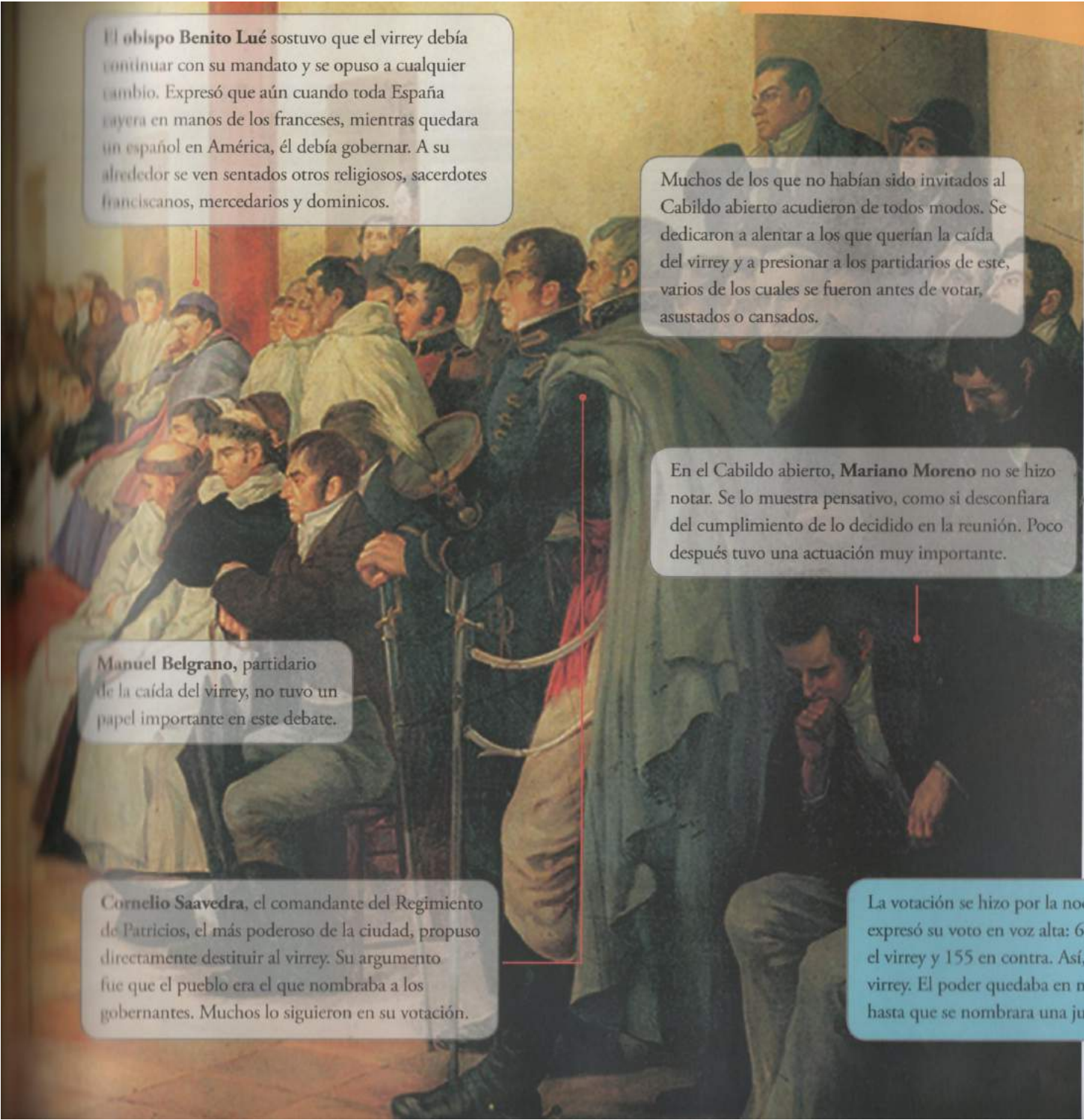
Esa galera se usó para hacer señales a los que estaban reunidos en la plaza frente al Cabildo y contarles cómo iba el debate.

Juan José Castelli argumentó que como el rey estaba preso y no había ningún poder que lo reemplazara en España, la soberanía —la posibilidad de gobernar— pasaba a cada ciudad integrante de la monarquía española. Por lo tanto, el virrey ya no tenía más poder y Buenos Aires podía establecer un gobierno propio hasta tanto Fernando VII volviera a su trono.

La reunión se hizo en el balcón y no en el interior del Cabildo, para que entrara más gente. Hacía frío, como ocurre muchas veces en Buenos Aires.

Juan José Lezica era el alcalde de primer voto, la máxima autoridad del Cabildo, que presidió la reunión.

El fiscal Manuel Villota respondió a Castelli diciendo que Buenos Aires no podía tomar una decisión tan importante sin consultar al resto de las provincias del virreinato. Entonces **Juan José Paso** le replicó que no había tiempo que perder porque la situación era complicada. Buenos Aires debía formar una junta de gobierno y después invitar a los otros pueblos del virreinato a sumarse a ella.



El obispo Benito Lué sostuvo que el virrey debía continuar con su mandato y se opuso a cualquier cambio. Expresó que aún cuando toda España cayera en manos de los franceses, mientras quedara un español en América, él debía gobernar. A su alrededor se ven sentados otros religiosos, sacerdotes franciscanos, mercedarios y dominicos.

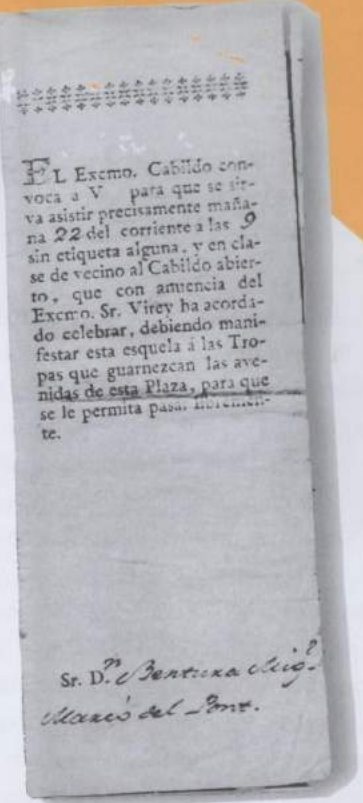
Muchos de los que no habían sido invitados al Cabildo abierto acudieron de todos modos. Se dedicaron a alentar a los que querían la caída del virrey y a presionar a los partidarios de este, varios de los cuales se fueron antes de votar, asustados o cansados.

En el Cabildo abierto, Mariano Moreno no se hizo notar. Se lo muestra pensativo, como si desconfiara del cumplimiento de lo decidido en la reunión. Poco después tuvo una actuación muy importante.

Manuel Belgrano, partidario de la caída del virrey, no tuvo un papel importante en este debate.

Cornelio Saavedra, el comandante del Regimiento de Patricios, el más poderoso de la ciudad, propuso directamente destituir al virrey. Su argumento fue que el pueblo era el que nombraba a los gobernantes. Muchos lo siguieron en su votación.

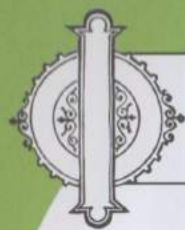
La votación se hizo por la noche. Cada uno de los presentes expresó su voto en voz alta: 69 estuvieron a favor de que siguiera el virrey y 155 en contra. Así, la mayoría se inclinó por destituir al virrey. El poder quedaba en manos del Cabildo de Buenos Aires hasta que se nombrara una junta de gobierno.



EL Excmo. Cabildo convocó a V. para que se sirva asistir precisamente mañana 22 del corriente a las 9 sin etiqueta alguna, y en clase de vecino al Cabildo abierto, que con auvencia del Excmo. Sr. Virrey ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquila a las Tropas que guarnezcan las avenidas de esta Plaza, para que se le permita pasar sin molestia.

Sr. D. *Benito Lué*
Moreno del Pnt.

Estas fueron las invitaciones que se hicieron para concurrir a la reunión, a la que el Cabildo convocó solo a vecinos de "la parte más sana" de la sociedad, es decir de los sectores más altos. Fueron invitadas 450 personas y se presentaron 251. A muchos de los partidarios del virrey los revolucionarios les impidieron llegar al Cabildo por medio de la fuerza.



La Revolución de Mayo

El 23 de mayo se conoció en Buenos Aires la noticia de que el Cabildo abierto del día anterior había decidido que el virrey debía dejar su cargo y que se formara una junta de gobierno para reemplazarlo. Pero el virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, era muy hábil y el 24 de mayo consiguió negociar la creación de una junta en la que él mismo era el presidente. También la integraban dos de los que habían impulsado su renuncia, Castelli y Saavedra, junto con dos españoles. Cuando se difundió la novedad, hubo una gran indignación entre los revolucionarios, ya que no querían al virrey en ningún cargo. Esa misma noche, Castelli y Saavedra renunciaron a la Junta.

En la mañana del 25 de mayo, mientras los miembros del Cabildo discutían qué hacer, se juntó una pequeña multitud en la Plaza de la Victoria. Los Patricios, armados, se ubicaron junto a la Recova, para apoyar a los que protestaban. Los manifestantes presentaron una lista con una serie de nombres para integrar la junta, apoyada por un petitorio con cuatrocientas firmas. Como las discusiones se extendían, comenzaron a gritar: "¡El pueblo quiere saber de qué se trata!" Ante la presión, el virrey renunció y el Cabildo tuvo que aceptar el listado para formar el nuevo gobierno. Cuando se hizo el anuncio, era tan tarde que casi no quedaban personas en la plaza. Así nació la Primera Junta. Nada volvería a ser igual en el Río de la Plata.



25 de Mayo de 1810, acuarela de Matthis.



Escena de las jornadas de Mayo, acuarela de Van der ...

Las pinturas que ilustran cómo había sido aquel 25 de mayo no fueron pintadas en la época. Muchos años después, distintos artistas intentaron reconstruir lo pasado leyendo documentos e imaginando la situación. No sabemos si llovió o no ese día. Pero podemos afirmar que fue uno de esos días grises y frescos, comunes en otoño en Buenos Aires. De todos modos, desde fines del siglo XVIII, en Europa, ya se usaban unos paraguas muy incómodos. De hecho, aún no había telas impermeables. Por ese motivo a esos paraguas, con telas muy pesadas, les era difícil detener el agua.

Quizás hubo algún paraguas el 25 de mayo en la plaza, pero eran más un objeto de lujo que algo de uso general.



La Primera Junta

Los nombres que estaban en la lista presentada por los revolucionarios el 25 de mayo eran nueve: siete americanos y dos españoles.

Cornelio Saavedra



Cargo: presidente.

Lugar de nacimiento:
Potosí (actual Bolivia).

Datos personales: desde 1806, comandante de los Patricios, el regimiento más importante de la ciudad. Por eso Saavedra fue elegido presidente de la Junta.

Manuel Belgrano



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: abogado. Había sido secretario del Real Consulado de Comercio en la época del virreinato.

Juan Larrea



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
España.

Datos personales: comerciante de buena posición económica.

Mariano Moreno



Cargo: secretario.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: abogado. Tenía a su cargo el departamento de Gobierno y el de Guerra.

Juan José Castelli



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: abogado. Uno de los protagonistas principales del triunfo de la Revolución.

Manuel Alberti



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: sacerdote en una parroquia de la ciudad.

Juan José Paso



Cargo: secretario.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: doctor en Leyes. Fue designado para el cargo de Hacienda (hoy sería como un ministro de Economía).

Domingo Matheu



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
España.

Datos personales: comerciante próspero, había sido miliciano después de las Invasiones Inglesas.

Miguel de Azcuénaga



Cargo: vocal.

Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: militar de carrera, había integrado las milicias tras las Invasiones Inglesas.

OTROS NOMBRES QUE CONTRIBUYERON A LA REVOLUCIÓN

Hipólito Vieytes



Lugar de nacimiento:
San Antonio de Areco, actual provincia de Buenos Aires.

Datos personales: era comerciante, socio minoritario y administrador de la jabonería donde el grupo revolucionario había hecho sus reuniones antes del 25 de mayo.

Nicolás Rodríguez Peña



Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: dueño de la jabonería que administraba Vieytes. Su hermano Saturnino fue el primero que propuso la independencia de España, con apoyo británico.

Antonio Beruti



Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

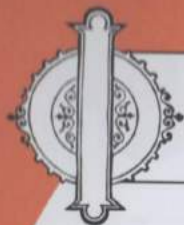
Datos personales: doctor en Derecho, estudió también la carrera militar en España. Junto con French, fue uno de los que dirigió la agitación que exigió el Cabildo abierto del 22 de mayo y uno de los conductores de la multitud el 25 de mayo.

Domingo French



Lugar de nacimiento:
Buenos Aires.

Datos personales: comerciante, se sumó a las milicias en las Invasiones Inglesas. Fue uno de los dirigentes de la agitación contra el virrey Cisneros y el 25 de mayo repartió cintas junto a Beruti para identificar a los revolucionarios.



El día después

Generalmente, las revoluciones importantes en la Historia son largas, duran muchos años, y en ese transcurso ocurren cambios profundos. Cuando las revoluciones concluyen, la realidad resulta muy transformada, y las personas que las han vivido sienten que sus vidas han cambiado por completo. El 25 de mayo de 1810 no terminó la Revolución. Ese día comenzó.

¿Por qué hubo una Revolución el 25 de mayo de 1810?

La Revolución se produjo porque, al caer la Junta Central en España, no existía el poder español. En Buenos Aires, en el Cabildo abierto, se quiso solucionar ese problema y, al mismo tiempo, aprovechar para tener un gobierno propio. Pero esto no significaba que, necesariamente, debían independizarse de la monarquía española. Varios revolucionarios preferían seguir respetando el poder del rey. De hecho, muchos de los habitantes de Buenos Aires y del resto del virreinato tenían una muy buena imagen de Fernando VII, el rey prisionero de los franceses. Al principio, la Revolución se hizo contra lo que los revolucionarios llamaban "los mandones", es decir, las autoridades locales, no el rey.

Hoy sabemos cuál fue la principal consecuencia de la Revolución: la formación de

un nuevo país independiente que muchos años después se iba a llamar Argentina. Pero las personas que vivían en esa época no sabían qué iba a pasar. Tenían dudas y opiniones diferentes sobre qué había que hacer.

Fue uno de los secretarios de la Junta, Mariano Moreno, el que después del 25 de mayo empezó a decir abiertamente que el rey español no tenía derecho a dominar América. ¿Por qué? Según él, los españoles habían conquistado América por la fuerza y los americanos no habían acordado ser súbditos del rey español, se los había obligado. Entonces, decía Moreno, la dominación española no era legítima porque no existía un contrato entre gobernantes y gobernados. A partir de ahí, y de a poco, la idea de la Independencia comenzó a crecer. En los dos años siguientes, la mayoría de los revolucionarios se volvió partidaria de declarar la Independencia.



¿La Revolución no se hizo entonces en contra de los españoles?

En un primer momento, no. Pero la mayoría de los españoles que vivían en Buenos Aires se mostró contraria a la Revolución (todos no, recordemos que había dos españoles en la Primera Junta). Entonces, pronto ser español pasó a ser lo mismo que estar contra la Revolución y se volvió sinónimo de "enemigo". A los españoles les gritaban que eran "sarracenos" y "godos", palabras muy insultantes en la época.

Manuel Pueyrredón, que en 1810 era un chico, contó años después cómo vivió el comienzo de la Revolución:

El día 25 de mayo mi padre estaba en la plaza, con todos sus amigos. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas, ni un alma se veía en las calles, el día era oscuro, una neblina densa cubría el horizonte, la atmósfera de aquel día parecía anunciar desgracias. Doña Rita Dogan, mi abuela, las temía, y su cuidado era tan grande que en todo el día no se movió de la ventana volada de su casa, en la calle de Santo Domingo, teniéndome a mí asomado, como centinela avanzado, mirando la plaza.

Así permanecimos hasta las 4 o 5 de la tarde, que vino un aviso de mi padre anunciando el triunfo de los patriotas y la deposición del virrey. Luego de que esta noticia circuló en el barrio, algunas ventanas se abrieron; en una de ellas, casi enfrente de casa, se asomó don Antonio Tejo y, dirigiéndose a mi abuela, dijo:

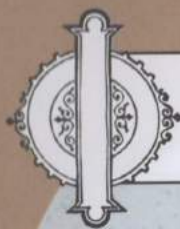
—¿Qué mandó usted para España, mi señora doña Rita?

—¿Cómo, que se va usted para España, señor don Antonio? —le contestó esta.

—Sí, sí —replicó—. Me voy porque mis paisanos se han vuelto locos

Manuel escuchó que su abuela insultaba al español que se quería ir de la ciudad, preocupado porque se había establecido la Primera Junta, pero lo dijo en voz baja para que su vecino no la oyera. Poco después, eso cambiaría: los insultos contra los españoles iban a ser lanzados a gritos. Las denuncias contra españoles por ser contrarios al gobierno revolucionario se hicieron muy comunes.





El Cabildo y su historia

Durante los primeros años de Buenos Aires, los cabildantes —es decir, los vecinos nombrados para cumplir funciones en el Cabildo— se reunían en casas particulares ya que la ciudad era pobre y no había dinero para construir un edificio. En 1608, se comenzó una modesta construcción con paredes de barro apisonado, pintadas con cal, y con techo de vigas de madera y totoras recubierta de tejas. El edificio tenía una sala grande para reunirse, una más pequeña que servía de cárcel, una



Cosmo el Cabildo era de adobe, debía ser constantemente reconstruido. En 1662 se le agregaron varias arcadas y dos torres, una en cada punta del edificio. En 1692, ante el peligro de que se cayeran, se decidió demolerlas.



vivienda para el portero, un estudio y, sobre el mismo terreno pero separadas del Cabildo, un par de viviendas para alquilar. Tan pobre era la ciudad que tardaron cuatro años en terminarlo.

A principios del siglo XVIII se decidió construir un nuevo edificio cuya cuerpo se terminó en 1751.



El edificio que hoy conocemos del Cabildo es la última reforma de una larga serie. Es que el gusto y las necesidades de los porteños fueron cambiando, y con ellos se fue modificando uno de los edificios más importantes de la ciudad.

El primer reloj de la ciudad fue el del Cabildo, de 1763, y se lo reemplazó en 1860 por uno más moderno.

En 1830 se acortó el balcón y quedó solo sobre las tres arcadas centrales.

En 1855 se agregaron dos campanas más: la San Martín de Tours y la Stella Matutina, para señalar los cuartos de hora, y luego se colocaron azulejos en su cúpula con una bola dorada y un pararrayos.



El nuevo Cabildo de 1751 era de ladrillos y madera, tenía once arcadas en cada planta y una torre con una campana (llamada Nuestra Señora de la Concepción) que se usaba para convocar a las reuniones y también para alertar a la población si había algún peligro. Contaba con un calabozo y además ostentaba un balcón a lo largo del edificio. En algún momento los miembros del Cabildo pensaron en techarlo, ya que cuando salían al balcón corrían el riesgo de que las palomas les ensuciaran la ropa. En la parte alta sesionaban los cabildantes, y en la planta baja estaba la policía y la cárcel. En 1821, el gobierno de la provincia de Buenos Aires decidió que el Cabildo no iba a existir más. Entonces, el edificio se destinó para ser sede del Tribunal de Justicia, función que cumplió por muchos años.

1600

1608

Primer edificio de adobe.

1662

Se le agregaron dos torres.

1692

Se demolieron las torres.

1700

1725

Comenzó un nuevo edificio con once arcadas por piso y una torre.

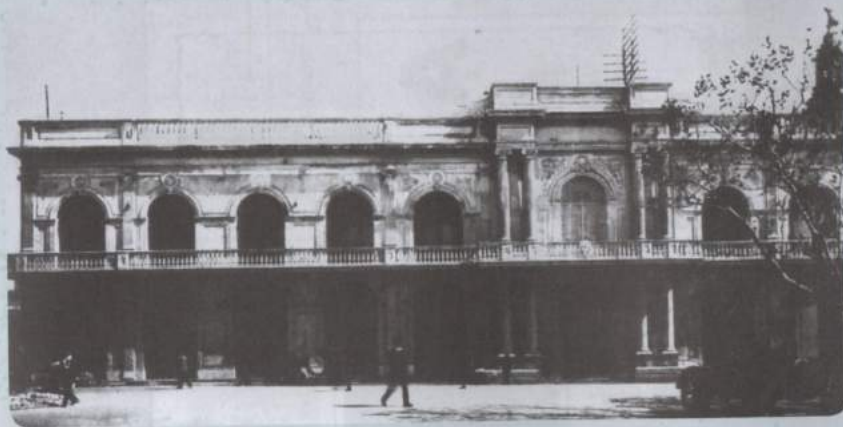
1751

Se terminó la construcción.

1763

Se instaló el primer reloj de la ciudad.

En 1879 se comenzó a modificar nuevamente el edificio porque su aspecto colonial no era del gusto de la época, entonces se siguió un estilo italiano. Comenzaron por la torre, a la cual hicieron más alta y puntiaguda. El edificio fue recubierto de ladrillos falsos y en la cúpula se colocaron espejos para que pareciera un faro. Además, se modificaron los balcones. Se había aprobado colocar doce estatuas en su techo, pero luego no llegó a concretarse.



En 1889 se demolieron las tres arcadas del ala norte para abrir la Avenida de Mayo. Al año siguiente se demolió la torre, supuestamente porque quedaba mal, ya que las arcadas no eran simétricas. La campana y el reloj se trasladaron a la Iglesia de San Ignacio, ubicada a una cuadra de allí. En 1931 se demolieron los tres arcos del ala sur, ahora para abrir la Diagonal Sur. Desde hacía años que se discutía si había que demoler todo el edificio, pero no se llegaba a una decisión.

En 1933 se lo declaró Monumento Histórico Nacional y se decidió reconstruirlo. En 1940, basándose en investigaciones, se trató de recuperar la construcción original. En 1960 se lo modificó una vez más para agregar el patio, que funciona como corredor de paso para los apurados porteños. Hoy, el edificio es sede el Museo Histórico Nacional del Cabildo y de la Revolución de Mayo.



1800

1830
Se acortó el balcón.

1855
Se agregaron
dos campanas.

1879
Se modificó su aspecto
a un estilo más italiano.

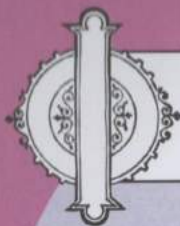
1889
Se demolieron tres
arcadas del ala norte.

1900

1931
Se tiraron abajo tres
arcadas del ala sur.

1940
Se reconstituyó.

1960
Se agregó un patio.



El diario de la Revolución

En 1780 la capital del Virreinato del Río de la Plata tuvo su primera imprenta, que se trajo desde la ciudad de Córdoba. Había pertenecido a los jesuitas y con ella imprimían textos religiosos y educativos.

En Buenos Aires, esa imprenta se instaló en la Casa de Niños Expósitos, un asilo destinado a los chicos huérfanos. Con ella, entre 1801 y 1802 se publicó El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico, que se considera el primer periódico del país. Al producirse la Revolución de Mayo, no se imprimía ningún diario en Buenos Aires; recién en junio de 1810 Mariano Moreno fundó la Gazeta de Buenos Ayres, que se publicó hasta 1821

1

Esta es la portada, con un formato actual, de un diario imaginario del día después a la Revolución de Mayo. Animate a ser un periodista de esa época. Lee las consignas y completalas en la portada de la página siguiente. Si querés, escribilas en tu computadora, imprimilas y luego pegalas en los lugares correspondientes.

Escribí la volanta de esta noticia.

Ponele el nombre al diario.



Escribí la noticia.

¿Qué te parece que se podía vender en 1810? Armá tu propio aviso.





Número 5

Buenos Aires, 26 de mayo de 1810

¿DÓNDE ESTÁ EL PUEBLO?

Cuando se acordó la formación de la Junta, se solicitó que el pueblo ratificara su apoyo a la decisión. Como era tarde, había muy poca gente en la plaza. El alcalde de primer voto Leiva, máxima autoridad del Cabildo y opuesto al cambio, salió al balcón y preguntó maliciosamente: "¿Dónde está el pueblo?" Los revolucionarios respondieron que "si hasta entonces se había procedido con prudencia para que la ciudad no experimentase desastres, sería ya preciso echar mano de los medios de la violencia... que se tocara la campana del Cabildo, y que el pueblo se congregara en aquel lugar" Como a la campana del Cabildo le habían quitado el badajo y entonces no podía sonar, dijeron que "mandarían ellos tocar generala, y que se abrieran los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces se había procurado evitar" Ante la amenaza, nadie contestó. Todo quedó testimoniado en el Acta. ¡La Revolución había triunfado!

CRONOLOGÍA

21 de mayo:

22 de mayo:

23 de mayo:

24 de mayo:

25 de mayo:

ASUME LA PRIMERA JUNTA



JURA DE AUTORIDADES

En el día de hoy, el Cabildo, el Consulado y demás autoridades y funcionarios de la ciudad prestarán juramento de obediencia a la Junta Provisional.

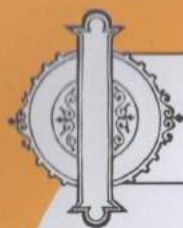
SOCIALES

Un día distinto

Durante todo el día de ayer la ciudad vivió en una tensa calma. Las calles estaban desiertas y se veía menos actividad que en un día normal. Solo en la Plaza de la Victoria había una gran agitación. La multitud gritaba y presionaba delante del Cabildo. A lo largo de la jornada mucha gente iba y venía de la plaza a enterarse, a comentar o a hacer número para apoyar el cambio de gobierno. Avanzada la noche, mientras las discusiones seguían dentro del Cabildo, la multitud empezó a dispersarse. Los pocos que quedaban en la plaza, portando el frito, festejaron cuando se hizo el anuncio de la formación de un nuevo gobierno. Las caras de los revolucionarios eran de extrema alegría. La celebración siguió en varias casas particulares, donde se prendieron luces y se festejó hasta la madrugada.

Se vende una quinta

Tiene una panadería, una cisterna y una fábrica de sebo. Su precio es 60 pesos, libres de escritura e impuestos.



La Primera Junta se pone a trabajar

Apenas asumió el mando, la Primera Junta tomó una serie de medidas, en primer lugar buscando asegurar su situación, ya que tenía enemigos hasta en la propia Buenos Aires. A la vez, quería que todo el territorio aceptara el cambio que se había dado en la capital del virreinato.

Envío invitaciones a los cabildos de las principales ciudades para que eligieran representantes para interpretar un congreso en Buenos Aires.



Impulsó la educación infantil.



Creó un periódico, la *Gazeta de Buenos Ayres*, cuyo principal redactor era Mariano Moreno, que difundía lo que hacía la Junta. Se ordenó que fuera leído en las iglesias antes de la misa, así todos se enteraban de lo que informaba, incluidos quienes no sabían leer.



Convirtió a las milicias en un ejército, es decir, un cuerpo militar profesional.

Hizo apresar al ex virrey Cisneros, a los miembros de la Audiencia (encargada de la justicia) y a otros funcionarios españoles, que fueron enviados a España. También cambió a los integrantes del Cabildo por otros más confiables.



Fomentó las denuncias contra los enemigos de la Revolución.



Organizó expediciones militares para asegurar que se obedeciera a la Junta. Primero partió una al Norte, hacia el Alto Perú. Más tarde, una más pequeña fue enviada al Paraguay.

Disminuyó el impuesto que se pagaba para poder exportar cueros.





La Revolución en el virreinato

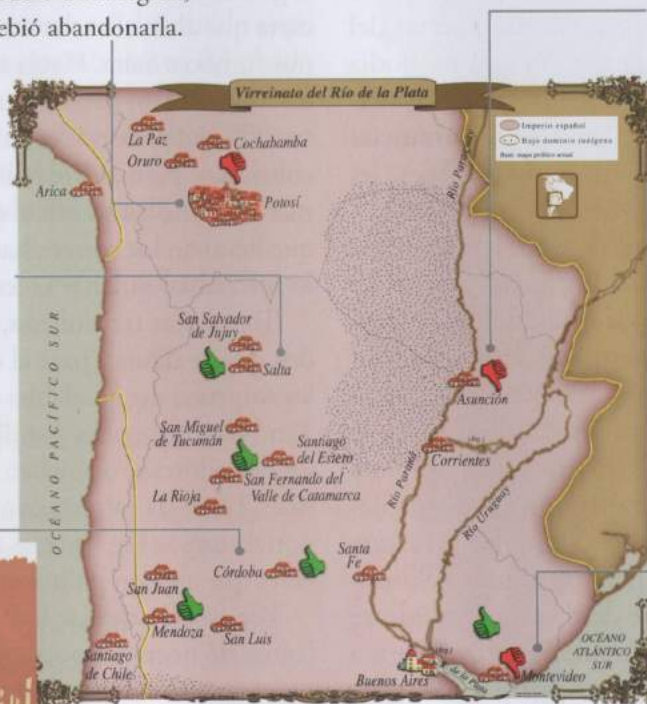
Al llegar la noticia de la formación de la Junta, cada ciudad del virreinato tuvo que decidir qué hacer. Hubo miedo y hubo esperanza. En algunos lugares se llegó a un rápido acuerdo en la decisión, pero en otros hubo disputas como había ocurrido en Buenos Aires. Varias ciudades optaron por aceptar la Revolución. Otras se negaron y, como en España se había formado un Consejo de Regencia que decía representar al rey preso, se declararon leales a ese nuevo organismo. Los territorios del Río de la Plata quedaron así divididos.

La mayoría del Alto Perú se opuso a la Revolución y se declaró leal al Consejo de Regencia. El ejército enviado por Buenos Aires se apoderó de la región, pero en 1811 fue derrotado y debió abandonarla.



En Salta, hubo fuertes discusiones sobre qué hacer, y finalmente se impuso el apoyo a la Revolución.

El Cabildo de Córdoba rechazó a la Junta y se declaró leal al Consejo de Regencia, pero la expedición enviada desde Buenos Aires fusiló a los líderes contrarios a la Revolución, entre los que se encontraba Liniers.



Asunción rechazó la decisión de Buenos Aires. La expedición enviada por la Junta para obligarla a obedecer—dirigida por Manuel Belgrano—fue derrotada.

En un comienzo, en Montevideo, parecía que se iban a imponer los partidarios de la Junta de Buenos Aires, pero los oficiales de la Marina española dieron vuelta la situación y la ciudad se declaró leal al Consejo de Regencia. En febrero de 1811, las zonas rurales de la Banda Oriental se rebelaron contra Montevideo y apoyaron a la Junta de Buenos Aires.



El mensajero



Ya había pasado tiempo desde aquel 25 de mayo en que la lluvia fría empapaba a la gente que esperaba ansiosa en la plaza. Él casi no recordaba los nervios que había sentido la semana anterior. Casi no recordaba cómo le latía el corazón, mientras algunos gritaban, golpeando las puertas del Cabildo, que el pueblo quería saber de qué se trataba. Ya casi no podía recordar la alegría con que varios se habían abrazado o estrechado las manos, en el momento en que Saavedra se asomaba al balcón para anunciar la noticia. Incluso apenas recordaba que a muchos, en ese momento, se les llenaron los ojos de lágrimas, tanta era la emoción que los embargaba.

No, ya no recordaba casi nada de eso. Demasiado pronto había tenido que olvidar y abandonar los festejos que recorrían la ciudad y llegaban hasta el mismo puerto de Santa María de los Buenos Aires, donde el viento dibujaba olas marrones en ese río que parecía puro mar. Porque la Junta presidida por Saavedra le había hecho un encargo. A él y a otro puñado de valientes. Necesitaban que cada funcionario, que cada habitante, que cada pueblo que formaba parte del Virreinato del Río de la Plata supiera lo que se había decidido en Buenos Aires. Necesitaban que la noticia llegara hasta el último de los rincones, que atravesara el campo infinito, que cruzara los ríos de corriente caprichosa, que desafiara las alturas neblinosas de las montañas. Y sobre todo necesitaban que desde cada Cabildo se enviara lo antes posible un representante, un diputado que se sumara a los nueve hombres de aquella Junta que daba sus primeros pasos frágiles para construir la patria.

“...Que se reconozca la legitimidad... prometer obediencia... que se vayan incorporando en el orden de llegada a la capital. graves asuntos que tocan al gobierno. ” Solo esas frases había alcanzado a leer antes de que lacraran la carta que ahora llevaba en su pecho, mientras cabalgaba por inciertos caminos rumbo a Salta. Hacia allá le había tocado ir a él. Uno de los destinos más distantes. Otros habían partido a Santa Fe, a Mendoza, a Tucumán. Incluso a Córdoba, donde se rumoreaba que se alzaban algunas voces enemigas y contrarias. Pero a él le había tocado llegar hasta Salta. Quizás porque era el más veterano en su oficio de chasqui, buen conocedor de las precarias rutas que llevaban los correos hacia el norte y mejor conocedor de los peligros que lo acechaban muchas veces en sus viajes solitarios.

Tormentas traicioneras, lodazales infranqueables, senderos apenas trazados que se diluían para el que no era baqueano, solamente eran algunas de las sorpresas desagradables que podían esperarlo en cada recodo del camino. También estaban los bandidos, claro. Era cierto que la mayoría de las veces los salteadores se ocupaban más de las diligencias y las galeras, privilegio de los ricos. O de las carretas con provisiones. Pero en ese momento él llevaba una noticia más valiosa que las monedas de oro. Y le habían advertido en Buenos Aires que alguien podría querer que esa noticia no llegara a su destino...

Por eso, desde que había partido, marchaba a gran velocidad legua tras legua, de posta en posta. Únicamente se detenía para cambiar de caballo y descansar, cuando la noche teñía todo de negrura y las fuerzas le flaqueaban. No pasó por ninguna de las pulperías donde solía entretenerse

un rato escuchando historias de aparecidos y versos que improvisaban los payadores o donde saboreaba las mejores empanadas y humitas. No compartió con gauchos y arrieros más que unos mates amargos de tanto en tanto, para entibiarse, y esquivó las preguntas de los curiosos que le salían al paso en los caseríos. La carta le latía en el pecho, como su propia sangre que corría, igual que él, para llegar lo antes posible a Salta.

Iba contando las lunas que le faltaban. Iba contando los temporales que lo retrasaban y los vientos que le azotaban la cara y no lo dejaban avanzar. Iba contando los vados profundos de los ríos y los arroyos temblorosos que atravesaba a pie, con las riendas en la mano, para que no se le mancara el caballo entre las piedras resbalosas.

Hasta que una mañana, en el mes de junio, cuando apenas clareaba, detrás de los últimos cerros que había trepado, apareció linda, soleada, radiante la ciudad de Salta. Después de entregar la carta en el Cabildo supo que su nombre quizás se perdería para siempre en los laberintos del olvido y nadie sabría que él había sido ese jinete incansable que había llevado la noticia hasta Salta. Pero igual sonrió y respiró profundo y aunque él mismo ya no recordaba algunas cosas de aquel 25 de mayo, sí supo que él había sido uno de aquellos a los que se les habían llenado los ojos de lágrimas.

Liliana Cinetto

- ✎ ¿Por qué este cuento se titula *El mensajero*? Explicá con tus palabras la historia que cuenta.
- ✎ ¿Qué características tiene el personaje de esta historia? (Es valiente, cobarde, patriota, generoso, egoísta...). Citá frases del texto que demuestren las opciones que elegiste.
- ✎ ¿Cómo "viajan" las noticias en la actualidad? Coméntenlo entre todos y comparen los modos actuales de comunicación con los que existían en la época de la Revolución.





La guerra de la Independencia

En 1810 comenzaron enfrentamientos armados entre los que apoyaban la Revolución y los que se oponían a ella. Al principio fue exclusivamente una guerra entre personas que vivían en América. España no podía intervenir porque peleaba por expulsar a los franceses de su territorio. Con el tiempo, hubo dos cambios. En primer lugar, los revolucionarios dejaron de luchar para conseguir autonomía dentro del Imperio español y buscaron abiertamente separarse de España, el conflicto se convirtió así en una guerra por la Independencia. Los revolucionarios se llamaban a sí mismos "patriotas" y a sus enemigos "realistas" (por ser partidarios del rey de España). En segundo lugar, los españoles lograron expulsar a las tropas de Napoleón Bonaparte de su país en 1814 y pudieron enviar a sus fuerzas a luchar en América. En ese momento, la guerra se volvió más grande y más complicada. Fue un conflicto largo y violento, que terminó con la derrota de los españoles en América del Sur.



El general Martín de Güemes y sus gauchos, óleo de Struch.

La guerra en el Litoral

En 1811 los revolucionarios fracasaron en su intento de que Asunción del Paraguay obedeciera a la Junta de Buenos Aires. Tampoco consiguieron en un principio tomar Montevideo, que era una ciudad amurallada. Sin embargo, el líder de la gente del campo de la Banda Oriental, José Artigas, se rebeló contra Montevideo a favor de la Primera Junta. En 1814 los revolucionarios orientales y porteños lograron apoderarse de Montevideo, un triunfo muy importante. Pero más tarde empezó un enfrentamiento armado entre el gobierno revolucionario y las provincias del Litoral, que no estaban de acuerdo con la política de Buenos Aires. La Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes dejaron de obedecer a Buenos Aires en 1815.

La guerra en el Norte

Luego de la derrota de los revolucionarios en el Alto Perú, en 1811 los realistas avanzaron hacia el Sur donde fueron vencidos en Tucumán (1812) y en Salta (1813) por el ejército que comandaba Manuel Belgrano. Los revolucionarios volvieron a entrar en el Alto Perú, pero sufrieron derrotas y debieron abandonar la zona. En 1815 hubo otra ofensiva para dominar a los realistas en el Alto Perú, pero fracasó completamente. Después de ese desastre, se decidió cambiar de táctica: mientras San Martín organizaba su plan libertador en Mendoza, el salteño Martín Miguel de Güemes con sus milicias se dedicó a custodiar la frontera y a combatir a los realistas mediante una guerra de guerrillas (ataques rápidos y por sorpresa, evitando los grandes enfrentamientos abiertos).



Rendición de Posadas en Las Piedras, óleo de Blanes.



Combate de Martín García, óleo de Biggen.

La guerra en el agua

Cuando comenzó la Revolución, Buenos Aires no tenía barcos de guerra. En cambio, Montevideo sí, y con ellos los realistas bombardearon la capital y atacaron las costas de los ríos Paraná y Uruguay. Se decidió entonces crear una escuadra para combatirlos. La empresa fue exitosa: al mando de Guillermo Brown, los barcos revolucionarios consiguieron vencer a los realistas en 1814 y se adueñaron del Río de la Plata.

Los gobiernos revolucionarios decidieron dar patentes de corso para combatir a los barcos españoles: con ellas, los corsarios recibían el permiso para atacar buques mercantes enemigos y quedarse con lo que capturaban. Hubo varios corsarios importantes en la época, pero el más famoso de todos fue Hipólito Bouchard. Su campaña más destacada la hizo al mando de la fragata *La Argentina* a partir de 1817. Bouchard navegó miles de kilómetros persiguiendo barcos españoles: estuvo en Madagascar (África), Filipinas (Asia) y Hawaii. En 1818 se apoderó del pueblo de Monterrey, en California, que en esa época estaba en poder de España. Siguió capturando barcos en El Salvador y en 1819 llegó a Chile. Al poco tiempo, se sumó a la campaña de San Martín al Perú.

Las campañas de San Martín

José de San Martín impulsó un cambio de estrategia en la guerra: en vez de intentar ocupar el Alto Perú, propuso atacar a los realistas en Chile. Allí había existido una junta de gobierno hasta 1814, cuando una invasión realista derrotó a los revolucionarios y se apoderó del territorio. San Martín organizó en Mendoza el Ejército de los Andes, que en 1817 realizó la difícil empresa de cruzar la Cordillera de los Andes y vencer a los realistas de Chile, que se convirtió en un país independiente. Después, chilenos y rioplatenses organizaron una nueva expedición contra Perú, el bastión realista en América del Sur. El ejército de San Martín desembarcó en Perú en 1820, logró capturar la capital, Lima, y declarar la Independencia. San Martín regresó al Río de la Plata y la guerra de la Independencia la terminó el general venezolano Simón Bolívar, quien en 1824 aseguró la derrota de los realistas en la batalla de Ayacucho.



El cruce de los Andes, óleo de Ballerini.

Personajes fundamentales de la guerra de la Independencia

Manuel Belgrano



Martín Miguel de Güemes



José Gervasio de Artigas



Carlos de Alvear



Guillermo Brown



José de San Martín



Juan Martín de Pueyrredón



José Antonio Álvarez de Arenales



La Revolución y la gente

Desde 1810 hubo muchos cambios en el ex Virreinato del Río de la Plata. Todos sintieron que estaban viviendo un momento muy especial. La Revolución y la guerra que le siguió marcaron un antes y un después en la vida de las personas.

Los dirigentes

A partir de 1810 hubo personas, pertenecientes sobre todo a la clase alta, que dedicaban casi todo su tiempo a los asuntos políticos: participaban de los gobiernos, de los congresos, de las discusiones. En esa época se decía que habían entrado en "la carrera de la Revolución". Hoy diríamos que ellos fueron los primeros "políticos".



Los militares

La guerra de la Independencia duró muchos años e hizo que los militares, que en la época colonial no tenían un lugar demasiado importante en la sociedad, se volvieran muy poderosos. Muchos, como Manuel Belgrano, no eran militares profesionales, se entrenaron en las milicias que se organizaron después de las Invasiones Inglesas o aprendieron en la misma guerra contra los realistas. Otros sí se habían formado como militares; Miguel Azcuénaga era un ejemplo. Algunos incluso habían combatido contra Napoleón Bonaparte, en España, y conocían las técnicas de guerra más modernas, como los casos de Carlos de Alvear y de José de San Martín.



Los españoles

La mayoría de los españoles que vivían en el Río de la Plata pasó mal durante los años revolucionarios. Varios de los grandes comerciantes españoles perdieron su fortuna. En general se opusieron a la Revolución y se convirtieron en enemigos. Fueron los primeros en ser obligados a poner dinero para sostener la guerra de la Independencia. Algunos fueron delatados —con evidencia o sin ella— de conspirar contra la Revolución y terminaron presos. Sus esclavos fueron expropiados para convertirlos en soldados. En 1812, varios españoles organizaron un levantamiento en Buenos Aires que fracasó: muchos fueron ejecutados y otros, expulsados de la ciudad.



Los niños

Los chicos participaron en el entusiasmo político de la época. Manuel Pueyrredón, que vivía en Buenos Aires, cuenta en sus memorias: "Yo no gozaba de la libertad que gozaban los demás muchachos, que andaban por las calles vestidos con colores alusivos, con cintas y banderas, en bandas, cantando por las plazas y las casas de los patriotas. Sólo una vez que me escapé y fui con una de esas bandas a cantar a lo de Chiclana [un dirigente político y militar], a quien cantamos el siguiente verso: ¡La espada cortante de nuestro Chiclana, cuando se la pone, tiembla toda España! Un pocillo de chocolate fue el premio de la canción".



Los sectores populares

La mayoría de los sectores populares se identificó con la causa patriota y contribuyó a los cambios que la Revolución impulsaba. Y fueron los más pobres, tal vez, los más perjudicados, ya que formaban el grueso de las tropas que peleaban la guerra de la Independencia, pasaron largas temporadas en condiciones muy duras, lejos de sus hogares, y cuando terminó la guerra seguían tan pobres o peor que antes. Algunos, según la región donde vivían, se encontraron sin casa o con sus tierras arrasadas por la lucha.



Los esclavos

Para los esclavos, al principio la Revolución fue una gran esperanza. Los hombres que fueron enviados al ejército –porque sus amos los cedían o porque el gobierno los compraba o los confiscaba para tal fin– tenían la promesa de su libertad cuando el conflicto concluyese, por eso muchos se ofrecían para ir. Se creó una fuerte identificación de los esclavos y libertos con la causa de la Patria. Muchos de ellos creyeron que se iba a terminar la esclavitud, pero eso no ocurrió.

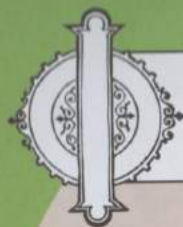
Las mujeres

Las mujeres estaban subordinadas a los hombres. Si eran solteras, dependían de sus padres hasta los veinticinco años; si eran casadas, tenían que respetar la autoridad total de sus maridos. Con la Revolución muchas participaron en la política. Las más pobres, acudiendo a las fiestas revolucionarias o participando en charlas en pulperías. Las más ricas, discutiendo de política en sus tertulias o al reunirse en pequeños grupos. Algunas se volvieron famosas por eso, como Melchora Sarratea, Mariquita Sánchez de Thompson y Magdalena "Macacha" Güemes. Muchos hombres se preocuparon por esto. Uno imprimió un texto que decía: "Da vergüenza, y toca ya la raya de lo escandaloso el modo libre en que se expresa un número no despreciable de jóvenes patricias en orden a los negocios políticos" Otras mujeres pelearon de forma muy valiente en la guerra, como Juana Azurduy.

Comerciantes y estancieros

Los grandes comerciantes criollos fueron obligados durante la guerra de la Independencia a poner el dinero necesario para armar y pagarles a los ejércitos patriotas. En Buenos Aires comenzaron a sufrir la competencia de los comerciantes ingleses, que con la apertura del comercio libre –sin restricciones– empezaron a ser muy importantes en el Río de la Plata. Por eso, muchos comerciantes porteños y de otros lugares del Litoral empezaron a dedicarse a la cría de ganado, y obtenían cueros que exportaban a Europa. Entonces, una de las consecuencias de la Revolución fue la formación de una clase poderosa de estancieros en la región pampeana.



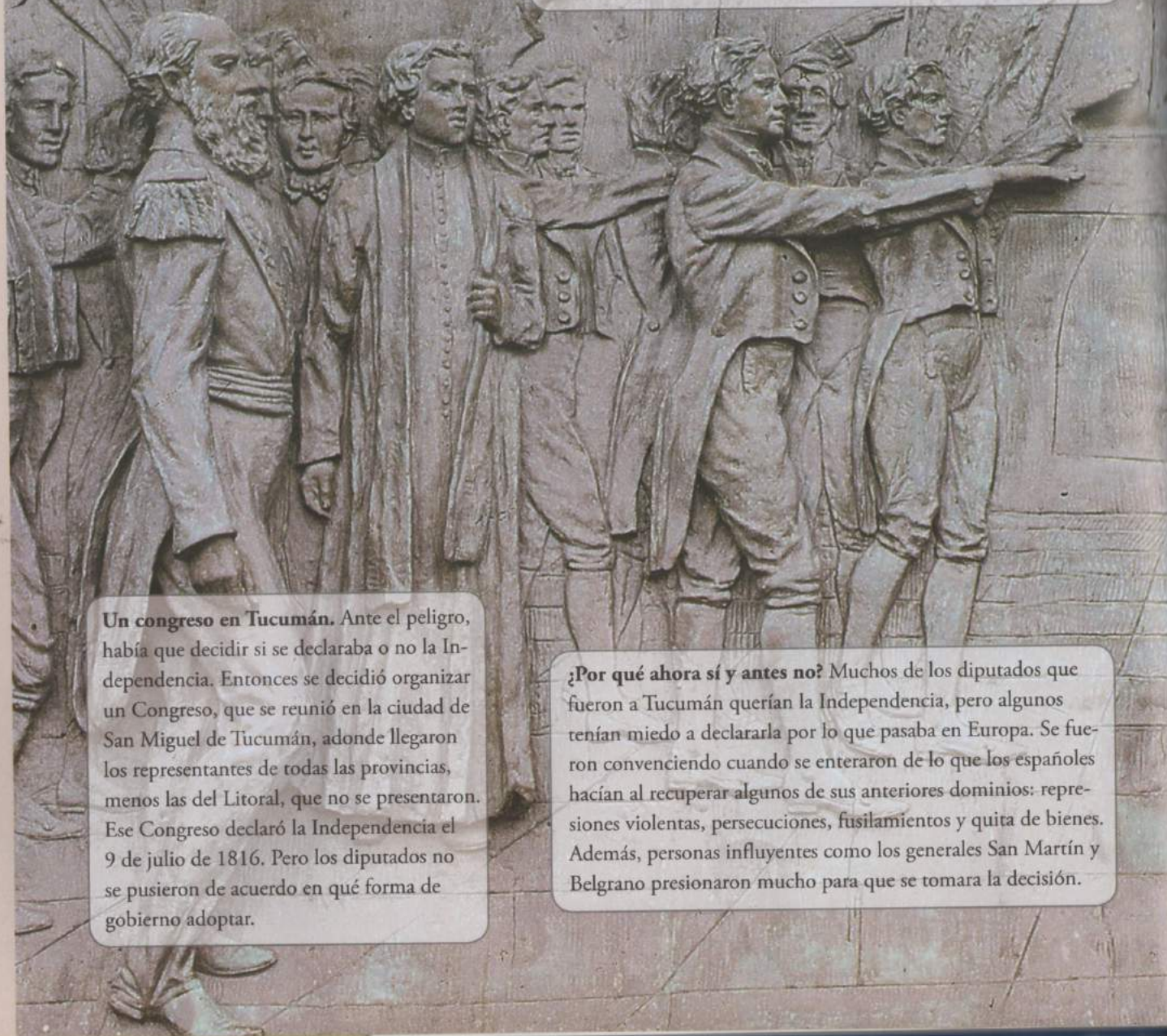


Llega la Independencia en 1816

La Asamblea del Año XIII

En 1813, representantes de las provincias se reunieron con el objetivo de sancionar una Constitución. Se esperaba que la Asamblea declarara también la Independencia, pero la situación en Europa estaba cambiando y los revolucionarios rioplatenses decidieron esperar hasta saber bien qué iba a ocurrir. Entonces, no hubo Independencia ni tampoco Constitución. Sin embargo, la Asamblea tomó una serie de medidas importantes: proclamó la "libertad de vientres", por medio de la cual todos los hijos de esclavos nacerían libres a partir de entonces; mejoró la condición legal de los indígenas; creó el emblema que hoy es el Escudo Nacional y se acuñó nueva moneda con su imagen; adoptó la canción patria como Himno Nacional; abolió los títulos de nobleza y prohibió la tortura, entre otras medidas. Además, la Asamblea creó el cargo de Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata (como se conocía entonces a los territorios revolucionarios) en reemplazo del Triunvirato, que era la forma de gobierno que había en ese momento.

Circunstancias peligrosas. En 1816 los revolucionarios rioplatenses tenían muchos problemas. En Europa, Napoleón Bonaparte había sido derrotado. Cuando el rey Fernando VII recuperó el trono español, lanzó un ataque contra todos los territorios insurgentes de Hispanoamérica, que cayeron frente a los ataques de los realistas. La única excepción fue el Río de la Plata.



Un congreso en Tucumán. Ante el peligro, había que decidir si se declaraba o no la Independencia. Entonces se decidió organizar un Congreso, que se reunió en la ciudad de San Miguel de Tucumán, adonde llegaron los representantes de todas las provincias, menos las del Litoral, que no se presentaron. Ese Congreso declaró la Independencia el 9 de julio de 1816. Pero los diputados no se pusieron de acuerdo en qué forma de gobierno adoptar.

¿Por qué ahora sí y antes no? Muchos de los diputados que fueron a Tucumán querían la Independencia, pero algunos tenían miedo a declararla por lo que pasaba en Europa. Se fueron convenciendo cuando se enteraron de lo que los españoles hacían al recuperar algunos de sus anteriores dominios: represiones violentas, persecuciones, fusilamientos y quita de bienes. Además, personas influyentes como los generales San Martín y Belgrano presionaron mucho para que se tomara la decisión.

Un nuevo país. El nombre adoptado en la Declaración de la Independencia fue Provincias Unidas de Sudamérica. El término "argentino" sólo se usaba en esa época para llamar a la gente que vivía a orillas del Río de la Plata, como los porteños (porque *argentum*, de donde proviene la palabra, significa "plata" en latín). Entre los diputados al Congreso había algunos que representaban a provincias que hoy no forman parte de la Argentina: Tarija, Potosí y Cochabamba (hoy, en Bolivia). Y las provincias del Litoral, que hoy son argentinas, no estuvieron presentes en este evento.



En esta casa, en el centro de la ciudad de San Miguel de Tucumán, se reunió el Congreso que declaró la Independencia. Hoy es el Museo Casa Histórica de la Independencia.

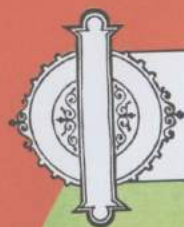
9 de Julio de 1816, altorrelieve de Lola Mora.

Liga de los Pueblos Libres

En 1816, los territorios revolucionarios del Río de la Plata estaban divididos en dos. Por un lado estaban las Provincias Unidas (incluían a Buenos Aires y el Interior) que concurrieron al Congreso. Pero las provincias del Litoral no aceptaban el centralismo (que las decisiones se tomaran desde Buenos Aires). Por eso, la Banda Oriental, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y los antiguos territorios de las misiones jesuíticas habían formado la Liga de los Pueblos Libres, que era federal: cada provincia manejaba sus propios asuntos. Su líder era el oriental José Gervasio Artigas. En este mapa se observan los territorios cuyos representantes fueron al Congreso y los que pertenecían a la Liga.



Tiempo de festejos &



Las fiestas mayas

En la época colonial había muchas fiestas callejeras: celebraciones religiosas, el carnaval, la asunción o el cumpleaños del rey, entre otras. Después de la Revolución aparecieron nuevas fiestas. Desde 1811 se empezó a celebrar el aniversario de la Revolución cada 25 de mayo.

Luego de 1810, cada 25 de mayo, en Buenos Aires, la ciudad donde se había producido la Revolución de Mayo, los festejos eran multitudinarios; toda la población iba a la celebración. El Cabildo gastaba mucho tiempo y dinero para organizar la fiesta.

Generalmente, la noche del 24 de mayo se hacía una gran gala en el teatro, a la que iban los miembros del Cabildo, los del gobierno y mucha gente de alta posición social. La obra representada estaba relacionada con la libertad o con temas ligados a la Revolución.

Los festejos no eran exclusivos de Buenos Aires: en todas las ciudades se realizaban celebraciones para las fiestas mayas y julias.

Las fiestas mayas de 1813

En 1813 hubo un festejo muy especial. Muchísimos de los que fueron a la Plaza de la Victoria, hombres y mujeres, llevaban puesto un gorro colorado, que era el símbolo de la libertad utilizado por la Revolución Francesa; los que no lo lucían en la cabeza lo llevaban colgando del pecho. Se construyeron en la plaza dos grandes castillos de madera y se simuló un combate entre ellos. Al final, se les prendió fuego. También se quemaron en la plaza varios instrumentos de tortura, que habían sido prohibidos poco antes. Fue la primera vez que se quitó la bandera española del Fuerte; el mástil quedó vacío. Manuel Belgrano había creado una bandera celeste y blanca para el ejército revolucionario, pero todavía no había sido adoptada oficialmente. De todos modos, era claro que no había vuelta atrás: ahora los revolucionarios querían la Independencia.



La Pirámide de Mayo

Para celebrar el aniversario de la Revolución, en mayo de 1811 se inauguró, en el centro de la Plaza de la Victoria, el primer monumento que tuvo Buenos Aires. Se decidió construir un obelisco, pero todo el mundo empezó a llamarlo la "pirámide". Con su pedestal, casi media 15 metros de altura.



El día 25 de mayo comenzaba con ruido. Al salir el sol, los soldados hacían una descarga de sus fusiles, se disparaban los cañones del Fuerte y también los de los barcos anclados en el río. Al mismo tiempo, se hacían sonar durante un buen rato todas las campanas de la ciudad. Entonces, la gente comenzaba a caminar hacia la Plaza de la Victoria, que era el eje de los festejos.

En el centro y en cada barrio se levantaban arcos de triunfo de madera, que después se desarmaban. También se ponían guirnaldas y otros elementos decorativos.

Se bailaba en todas las plazas y en muchas calles de la ciudad durante horas. Además, se organizaban competencias de palos enjabonados: ganaba el que trepaba hasta lo alto, algo muy difícil porque, debido al jabón, se resbalaban mucho. Otra diversión era la carrera de sortijas. Algunas veces se hacían también corridas de toros, hasta que se prohibieron en Buenos Aires, en 1819.

A la noche, una orquesta tocaba en el balcón del Cabildo hasta tarde. En la Plaza de la Victoria se encendían muchísimas luces: faroles, candilejas y hachas hechas de cera. Además, se iluminaban todas las calles.

A partir de 1817, cada 9 de julio se festejó también el aniversario de la Independencia. Además de esas fiestas mayas y fiestas julias hubo otras celebraciones más espontáneas, cada vez que se conocía una noticia favorable a la Revolución o que a una ciudad llegaba la información de una victoria en la guerra de la Independencia.

En 1856, como estaba bastante deteriorada, se encargó al pintor y arquitecto Prilidiano Pueyrredón una pirámide más grande, y el monumento original quedó formando parte del nuevo. En su cúspide se colocó una estatua de la Libertad.



En 1883, el intendente de la ciudad, Torcuato de Alvear, hizo demoler la Recova, ampliando la Plaza de Mayo a como es en la actualidad. Su intención era también construir otro monumento más espectacular que la Pirámide, pero no tuvo consenso en el gobierno nacional.

En 1906, y como proyecto para el Centenario, la pirámide iba a trasladarse al centro de la plaza, y preservarla en el interior de un monumento mucho más grande. Con ese fin se realizó un concurso y una exposición de las maquetas de los distintos proyectos. Por razones económicas, el monumento elegido y aprobado nunca se llevó a cabo, y la Pirámide de Mayo recién se trasladó en 1912. Fue declarada Monumento Histórico en 1942.

